EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

MATILDE Y MALEK-ADHEL,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VETSO.

Cárlos Frontaura
mus. Joaquin Gaztambide

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Dudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Los arriardo de Cabrera.
Diana de [illegible]
D. Tomás. Roman.
De audaces es la [illegible]tuna.
Dos hijos sin padre
Donde menos se piens[illegible]

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el atajo
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
[illegible]siones de la vida.
Im[illegible]rfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegor[illegible]
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

MATILDE Y MALEK-ADHEL.

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/matildeymalekadh00gazt

MATILDE Y MALEK-ADHEL,

ZARZUELA EN TRES ACTOS

DE

D. CARLOS FRONTAURA.

MÚSICA DE

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE Y D. CRISTÓBAL OUDRID.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, en Marzo de 1863.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

713900

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA.....	Doña Mariana Aguado.
BLANCA.....	Doña Dolores Fernandez.
D. DIEGO.....	D. Francisco Salas.
D. GONZALO.....	D. Tirso de Obregon.
NEGRO.....	D. Vicente Caltañazor.
LINCE.....	D. Francisco Arderius.
BLAS.....	D. Juan Rochel.
UN SOLDADO.....	D. N. Bornachea.

Viejas, alguaciles, pueblo.

Principios del siglo actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

La plazuela de Afligidos en Madrid.—Á la derecha el convento llamado de Afligidos, con atrio practicable: hace esquina á una calle.—Á la izquierda la fachada de la casa de D. Diego, que hace esquina á otra calle, y tiene dos frentes, uno al público y otro á la iglesia.—Dando frente al público hay un mirador con persiana; en el frente que dá á la iglesia está la puerta de la casa, y sobre la puerta una ventana practicable. En el fondo la prolongacion de la plazuela: todas las casas tienen puertas y ventanas practicables.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE VIEJAS DEVOTAS. Salen por derecha é izquierda.

MUSICA.—INTRODUCCION.

Vamos á la iglesia,
vamos al sermon,
que el padre Eleuterio
vá á hablar del misterio
de la Encarnacion.
¡Qué santo varon! (Unas á otras.)
¡Qué bien predica!
¡con qué expresion!
¡Qué pico de oro

tiene el señor
predicador!
¡Cuántos milagros
hace su voz!
¡Cómo se aleva!
¡No, no hay mejor
predicador!
¡Yo dejo siempre
casa y fogon,
hijos, marido,
costura y todo
por el sermon!...
Y un polvito de tabaco,
y un ratito de sermon,
y un poquito de malilla
todas mis delicias son.
Como somos viejas, viejas,
nuestra sola diversion
es tirar la oreja á Jorge
y el tabaco y el sermon.
Esto solo nos consuela
de aquel tiempo que pasó,
en que amantes derretidos
nos hacian el amor.
¡Ah! ¡Oh!
¡Aquel tiempo ya pasó!...

—

¡Qué recuerdos! ¡qué recuerdos!
¡Ay, qué pena! ¡qué dolor!...
Toda aquella gentileza
héte aqui en lo que paró.
(Echándose atrás los mantos y mirándose.)
¡Ah! ¡Oh!
¡Olvidar aquellos dias,
olvidarlos es mejor,
que si no al mismo demonio
nos daremos con razon!
¡Ah! ¡Oh!
¡Aquel tiempo ya pasó!...
Ya un polvito de tabaco
y un ratito de sermon,
y un poquito de malilla

todas mis delicias son.

—

Vamos á la iglesia,
vamos al sermon,
que el padre Eleuterio
vá á hablar del misterio
de la Encarnacion.
¡Qué santo varon!

(Entran en la iglesia, y por el lado opuesto salen D. Gonzalo y Negro.)

ESCENA II.

D. GONZALO, NEGRO.

HABLADO.

NEGRO. (Señalando á las viejas que entran en la iglesia.)
Ningun dia de batalla
he visto yo tanto cuervo...
Dígame usted, esas hembras,
¿son tambien de carne y hueso?...

GONZ. Son de hueso y pergamino...
La carne ya la perdieron...
Solo les queda el demonio
que lo tienen en el cuerpo...
(Mudando de tono.)
¡Negro, ven; mira esa casa!... (La de D. Diego.)

NEGRO. ¿Esa casa?... ¡Ya la veo!...

GONZ. Pues en ella, Negro amigo,
yo sé que un tesoro tengo.

NEGRO. ¡Ay! ¡señor! qué bien nos viene...
que yo no sé ya qué medio
buscar para que de pie
se mantengan nuestros cuerpos
desde que usted, amo mio,
ha dado en hacerse el sueco,
y darme algun linternazo
cuando le pido dinero.

GONZ. ¡Calla, tonto!

NEGRO. ¡Callo, tonto!

GONZ. El tesoro, amigo Negro,
es tesoro de belleza...
NEGRO. (Con desaliento.) Echela usté en el puchero.
GONZ. Es una mejer...
NEGRO. ¡Ya! ¡ya!...
Pues señor, malo me siento.
Sin dinero y con amor
está usté, señor, expuesto
á quedarse para siempre
sin amor y sin dinero.
GONZ. Debe ser esa mujer
ángel bajado del cielo.
NEGRO. Tambien del cielo bajaron
los demonios.
GONZ. Mira, Negro,
no me hagas observaciones...
Ó te callas ó te pego.
Yo nunca he visto á esa dama;
digo, sí la he visto, pero
en pintura solamente...
(Señalando á la iglesia.)
En ese mismo convento
está en el altar mayor.
NEGRO. (¡Ay! ¡Dios! ¡ha perdido el seso!)
CONZ. Si, representando á Nuestra
Señora de los Remedios.
NEGRO. (¡Zambomba!... ¡Está rematado!
¡Seguiré su humor!...)
GONZ. (Suspirando.) ¡Ay! ¡Negro!...
¡Esa mujer es... no sé
cuál será su parentesco,
hermana, nieta ó sobrina
de un pintor de mucho mérito
que es vecino de esa casa,
y á quien sirve de modelo.
En todos sus cuadros copia
el rostro plusquam perfecto
de la mujer peregrina,
en la que yo adoro ciego;
y es el pintor tan avaro
de su modelo hechicero,
que no permite que nadie

entre á profanar el templo
de esa diosa, que será
la inspiracion de su genio.
En el manto rebozada
y con él sale á paseo
algunas veces de noche,
nunca de dia... No puedo
verla y hablarla, ni sé
cómo... y ya me desespero...

NEGRO. Á todo el que se enamora
viene á pasarle lo mesmo...
que vive desesperado.

GONZ. ¿Cómo no, si no la veo?

NEGRO. Y en viéndola, señor mio,
mas desesperado os temo,
y si ella no os corresponde
desesperado os contemplo,
y tambien desesperado
si llega á corresponderos...
que en amor todo es andanzas,
dudas, sustos y deseos,
ilusiones, desengaños,
incertidumbres y miedos,
sudores, escalofrios,
calenturas y mareos...
y dar vueltas á la noria...
perder el color y el sueño,
y el humor y el apetito,
y la paciencia y el tiempo,
la voluntad, la memoria,
la libertad y el dinero...
y todo, ¿por qué, señor?
por mimos y cuchicheos,
y por oirse llamar
pichon, palomo, cordero,
mono, nene, vida mia,
serafin y otros excesos!...
Abandone usté la empresa...

GONZ. No puedo, Negro, no puedo.
Yo he de entrar en esa casa.
Yo he de verla, si, que quiero
que por mí libre se vea.

de su triste cautiverio.
NEGRO. ¿Y si ella estuviera á gusto?
GONZ. Imposible, él es un viejo
insoportable, un avaro,
un déspota, un tiranuelo...
un zorro astuto... Dios sabe,
Negro amigo, con qué objeto
entre esas cuatro paredes
la tiene...
NEGRO. Pero, ¿qué haremos?
GONZ. ¡Robarla!
NEGRO. ¡Válgame Dios!
GONZ. Si, la robo y me la llevo,
y despues que me la lleve...
NEGRO. Ya me hago cargo.
GONZ. Y deseo
que tú me ayudes.
NEGRO. ¡Señor!...
GONZ. Tú siempre has sido travieso
y me has ayudado siempre
en estos negocios.
NEGRO. Cierto.
Por usted tengo ganado
un lugar en el infierno.
GONZ. Si me presento yo, puede
que despierte su recelo...
pero tú... ya es otra cosa...
y en cuanto encuentres un medio
de entrar en la casa tú,
procuras que yo entre luego.
NEGRO. ¿Y si no le quiere á usted?
GONZ. ¡Ay! Negro, no digas eso...
anoche, muy tarde ya,
luz ví en aquel aposento...
Me dijo una voz secreta
que allí estaba mi embeleso,
y una cancion entoné
mi pasion encareciendo...
Entonces, dulce y suave
un eco del mismo cielo,
contestando á la voz mia,
me dijo: «¡Espera!...» y espero.

NEGRO. Y yo, ¿qué he de hacer, señor?
GONZ. Reconocer el terreno,
y entrar en la fortaleza,
por sorpresa ó combatiendo,
como Dios te dé á entender...
NEGRO. No mezcleis á Dios en eso.
GONZ. Bueno; el caso es que has de entrar
porque yo pueda entrar luego...
Entro yo, y esa paloma,
que está en prisiones sufriendo,
vé el cielo...
NEGRO. ¿El cielo es usted?
GONZ. Abierto...
NEGRO. ¡Si, bien abierto!
GONZ. Tiende las alas y vuela
en alas del amor ciego...
NEGRO. ¡Pobrecita! La mujer
que empieza volando, creo
que al postre y al fin, acaba
arrastrada por los suelos.
GONZ. Si es una muchacha insípida,
vulgar en sus pensamientos,
que mi ilusion desvanece,
si es solo un busto bien hecho,
y tiene poco de aqui,
(Señalando al corazon.)
al pintor se la devuelvo.
NEGRO. Como si fuera una chupa.
GONZ. Pero si es como presiento
una mujer superior,
espiritual, me quedo
con ella, y hasta me caso
con ella.
NEGRO. ¡Malo me he puesto!
¿Su merced piensa en casarse?...
Ya no tiene usted remedio.
GONZ. Basta ya de observaciones.
Ahora que vá anocheciendo...
llégate á la fortaleza
y haz un reconocimiento...
NEGRO. Pero oiga usted...
GONZ. Obedece.

Yo mi amor te recomiendo.
El billete que te dí...

NEGRO. (Sacándolo del bolsillo.)
Aquí astá...

GONZ. Bien; pronto vuelvo. (Váse

ESCENA III.

NEGRO.

Y ¿qué hago yo?... Si pudiera
dar á esa ninfa esta carta...
Pero, ¿cómo? (Mirando á la casa.)
Á piedra y lodo
han cerrado las ventanas,
y es imposible... ¡Qué idea!...
Cantaré con esta gracia
que Dios... no me dió ni tengo,
un par de coplas gitanas,
y puede que alguien se asome...
para rociarme con agua,
si no es que de un ladrillazo
aquí me rompen el alma.

MÚSICA.

¡Ay! dime, blanca paloma,
dime por qué siendo blanca
tienes tan ennegrecida
para mi penilla el alma.
¡Alza, salero!
¡que yo te quiero!
Sal aquí ya,
y no hagas caso
de los escrúpulos
de tu papá.

—

Dices que en prisiones gimes...
pues aquí vengo yo á darte
libertad y otros excesos
que no te dará tu padre.

(Ábrese la puerta de la casa y sale Blanca.)

¡Alza, salero,
que yo te quiero!
¡Sal aqui ya,
y no hagas caso
de los escrúpulos
de tu papá!

ESCENA IV.

NEGRO, BLANCA.

BLANCA. (Recatando el rostro con el manto.)
¿Quién llama?... ¿Qué quiere el niño?
NEGRO. (Sorprendido.) (¡Niño me llama!... ¡Qué tal!
Y esta es la paloma incauta
que llora por libertad!
BLANCA. ¿Es por mi?
NEGRO. Pienso que sí.
BLANCA. ¿Y quién es su mercé?
NEGRO. Se lo diré yo á usté.
Mi señorito,
el condenado
se ha enamorado
de ese palmito.
Y todo el dia,
toda la noche
el pobrecito
está en un ¡ay!
Y cada suspiro
que lanza á los vientos
ablandaria
un pedernal.
¡Ay! todo el dia
lo pasa en un grito
mi señorito
llorando y diciendo:
«¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!»
BLANCA. No es eso por mí.
NEGRO. Yo pienso que sí.
BLANCA. Tambien mi amita

enamorada
la desgraciada
está mâlita.
Y todo el dia,
toda la noche
la pobrecita
está en un ¡ay!
Y cada suspiro
que lanza á los vientos
ablandaria
un pedernal.
¡Ay! todo el dia
llorando mi amita
la pobrecita
lo pasa diciendo:
«¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

—

NEGRO. (Sacando la carta.)
Pues de parte de mi amo
esta carta.
BLANCA. (Rechazándola.) Quite usté.
Amo mio es una fiera,
y á la niña nadie vé.
Y yo no tomar cartitas,
que si amo sabe que si,
á doncella Blanca pega...
¡Ay! pobrecita de mí!...
Pensé que era á mí el cantar
y por eso aqui salí...
NEGRO. Si tú quieres... yo por mí....
¡A ver la cara!...
BLANCA. (Apartándole.) ¡Arre allá!
NEGRO. Si quieres ser tercera
de mi señor,
puede que yo te quiera.
BLANCA. ¡Ay! ¡eso no!
Si su mercé me quiere
le quiero yo,
pero sin que yo tome
tal comision.

—

Trabajo como una negra
y no tengo libertad,
y yo quiero que me quieran
porque me quiero casar.
Yo soy doncellita Blanca,
soy muy tierna, y ya verá
si me dice cosas tiernas
cómo me pongo á llorar.
¡Qué de cariñitos
le haré!
Qué de suspiritos
daré
cuando casadita
con él esté!
¡Ay! ¡ay! ¡ay! etc.

—

NEGRO. (Puede que tenga la cara
de la burra de Balám
y ya me pone la tonta
antes la horca que el lugar.)
Yo soy doncellito Negro
y muy duro de pelar.
Si solo pides suspiros
esos no te faltarán...
¡Qué zalamerita
que es!
¡Qué pegajosita
tambien!
La niña parece
que es de pez.
¡Ay! ¡ay! ¡ay! etc.
(Repiten juntos y Negro abraza á Blanca.)

ESCENA V.

DICHOS, CORO DE VIEJAS.

Las viejas han salido momentos antes, y en el atrio de la iglesia enciende cada una una linternilla.

DOS Ó TRES VIEJAS. (Viendo á Blanca y á Negro.)
¡Qué escándalo! ¡Junto al templo

del Señor!...
Una dama y un galan
¡qué horror!
arrullándose allí estan!

TODAS. ¡Vaya un ejemplo
de moralidad!

(Mientras cantan las viejas, Negro insiste para que Blanca tome la carta. Acércanse todas, ocultando las linternas. Es completamente de noche.)

TODAS. ¡Condenados, venis junto al templo
á dar el ejemplo de escándalo tal!

BLANCA. (Asustada.)
¡Eh!

NEGRO. ¿Qué es esto? ¿De dónde han salido?

CORO. ¡No habeis aprendido pudor y moral!

TODAS. Calla, calla, que pronto ella y tú,
por obra y gracia de Belcebú,
tendreis la cara sin remision
negra, tan negra como un tizon.
Condenados
y dejados
de la mano de Dios
ya estais los dos.
Ella y tú
esclavos sois
de Belcebú.

(Todas sacan las linternas y las acercan á las caras de Blanca y Negro. Una de ellas tira del manto de Blanca, que queda descubierta.)

BLANCA. ¡Jesus!

VIEJAS. ¡Jesus!
¡Hagámosles la cruz!

NEGRO. (Espantado al ver á Blanca.)
¡Jesus!
¡Ya está ella negra! ¡Jesus!

(Las viejas vánse precipitadamente. Blanca éntrase corriendo en la casa, y queda Negro en la escena aterrorizado.)

ESCENA VI.

NEGRO.

HABLADO.

¿Qué es esto que por mí pasa?...
Esas brujas... ¿dónde estan?
«¡Negros os vereis!» dijeron
con acento sepulcral...
y lo que es ella... la pobre
ya no puede estarlo mas...
¡Válganme los reyes magos!...
¡Si estaré tambien yo igual!...
¡De fijo!... Para ser negro
tengo adelantado ya
el nombre... Conque faltábame
¡pues! el color nada mas...
(Tocándose la cara con las manos.)
¡Á ver!... Mi cara está ardiendo
como si tuviera cal...
No, pues cal no puede ser...
¡á no ser que por allá
haya cal negra!... ¡Dios mio!
¡Si me pudiera lavar!...
(Vuelve á tocarse la cara con las manos.)
¡No!... y el color no se suelta...
y es tan pegajoso y tan...
Es que me han pintado al óleo
para que me dure mas.

ESCENA VII.

NEGRO, GONZALO. Vuelve por donde salió.

NEGRO. (Viéndole.)
¡Ay, señor del alma mia!
míreme usted á la cara
y dígame si soy negro,
mas negro que antes.
GONZ. ¿Qué pasa?

¿Qué has hecho?

NEGRO. Yo no. Á mí si
me han hecho la triste gracia
de hacerme negro.

GONZ. ¿Qué dices?

NEGRO. ¡Ay! calme usted ya mis ansias...
¿Soy negro, ó mulato, ó medio
cuarteron?

GONZ. (Incomodado.) ¡Basta de chanza!
¿Diste la carta?

NEGRO. ¡Si, si!

GONZ. ¿Á quién viste?

NEGRO. Á una muchacha
infeliz que aqui conmigo
estuvo en sabrosa plática,
y por arte del demonio
se ha vuelto negra á su casa.

GONZ. ¡Negra!

NEGRO. Si, como un tizon.
Lo mismo que yo...

GONZ. (Amenazándole.) ¡Canalla!
¿Quieres burlarte de mí?

NEGRO. Mire su merced mi cara
y usted será el que se burla.

GONZ. Pero ¿qué demonios hablas?
Di, pronto, hiciste mi encargo?

NEGRO. No, señor... yo no he hecho nada.

GONZ. (Corriendo tras él.)
¿Y con esa desvergüenza
me lo dices?

NEGRO. (Huyendo.) Pues yo...

GONZ. ¡Aguarda!...
(Deteniéndose en la esquina de la calle.)
¿Qué veo?... ¡El pintor con ella!
(Á Negro.)
¡Apártate aqui!

NEGRO. ¡Yo!...

GONZ. ¡Y calla!

(Ocúltanse los dos en el átrio de la iglesia, á tiempo que salen D. Diego, Elena y Lince.)

ESCENA VIII.

DICHOS ocultos, D. DIEGO, ELENA, LINCE.

DIEGO. (Á Lince que viene detrás.)
Mira, Lince, si hay alguno
que nos siga.
ELENA. ¡Qué aprension!
DIEGO. Elena, hay mucho moscon
en Madrid y mucho tuno.
LINCE. No hay nadie, señor.
DIEGO. Elena,
ven, y tú entra en casa á decir (Á Lince.)
á Blanca, que puede ir
previniéndonos la cena.
¡Qué vida tan sosegada
la tuya, sobrina mia!...
(Lince entra en la casa y sale poco despues.)
ELENA. (Con ironia.)
¡Eso mucho! ¡Todo el dia
estoy en casa encerrada.
GONZ. (¡Pobrecita!)
DIEGO. Asi, sin tasa
gozas, sobrina, el placer
mas útil á la mujer,
el placer de estar en casa.
ELENA. ¿Placer útil?...
DIEGO. Y el mejor
y mas saludable.
ELENA. ¡Tio!...
LINCE. Si; evita en invierno el frio
y en el verano el calor.
DIEGO. De mil peligros se vé
libre quien en casa pasa
la vida... ¡Fuera de casa
está el abismo!...
GONZ. (Si, ¿eh?...)
ELENA. Pero, ¿qué peligros son
esos?....
DIEGO. No hay por que te asombres.
Primer peligro; los hombres.

ELENA. No entiendo.
DIEGO. Pues atencion.
Vá una mujer por la calle,
pasa uno y dice: «¡Salero!»
pasa otro y dice: «¡Lucero!»
pasa otro y dice: «¡qué talle!»
Otro al verla tan galana
dice con mucho donaire:
«¡Nunca se me cuela un aire
»como ese por la ventana!»
Tanto piropo escuchando,
la mujer, preciada ya,
vé que en su pecho se vá
la vanidad despertando.
Engendra la vanidad
pronto la coqueteria,
y esta si, sobrina mia,
que es dañina enfermedad.
ELENA. ¿Y yo soy coqueta?...
DIEGO. No;
pero lo pudieras ser...
Para serlo una mujer
necesita poco... Yo
no dudo de tu recato,
pero... quien la ocasion quita,
Elena, el peligro evita
y de eso es de lo que trato.
Y ahora, Elena, saber quieres
cuál es el riesgo segundo
de la mujer en el mundo?...
ELENA. Vamos á ver.
DIEGO. Las mujeres.
Toman de la letra al pie
lo que dice el catecismo.
«Amarás como á tí mismo
»al prójimo...»
ELENA. Bien; ¿y qué?
DIEGO. Que aman al prójimo, si,
pero á la prójima, no.
ELENA. Nunca he pensado eso yo.
DIEGO. No estoy hablando de tí.
No hay regla sin excepcion,

pero hablando en general
se tienen odio cordial
las hembras en mi opinion.
Si todas hermosas fueran,
si fueran muy ricas todas,
si todas hicieran bodas
buenas, no se aborrecieran;
no es posible que esto sea,
y hé aqui lo que se explica
que odie la pobre á la rica,
que odie á la hermosa la fea,
que envidie la solterona
de la casada la suerte,
y que á la que se divierte
calumnie la santurrona.
Gran daño pueden hacer
á las mujeres los hombres,
pero mas, aunque te asombres,
la mujer á la mujer.
Por eso quiero—¿qué quieres?...
aprension será quizás...—
que no trates tú jamás
con hombres ni con mujeres,

ELENA. (¡Ay! ¡cuánto sermon! Me ahoga!)

DIEGO. Yo sé que tú no eres lerda,
y que serás siempre cuerda...

ELENA. Pero, ¿qué cuerda ni soga?...
¡Vaya! ¡que ya no hay paciencia!
¡Siempre la misma cancion!
¿Á ver, qué peligros son
los que amagan mi existencia?
Á persona humana veo.
No está nadie al lado mio...
Solo vos que sois mi tio,
y á mas de tio... (tan feo...)

GONZ. ¡Ay, qué donosa!

DIEGO. Sobrina,
es fundado mi temor...
(Que lo diga el trovador
que se pone en esa esquina.)

ELENA. (Mirando hácia la iglesia.)
(¡Allí hay un hombre! ¿Ser

mi trovador misterioso?...)

DIEGO. Yo velo por tu reposo,
Elena.

ELENA. Si; lo sé ya,
mas no me avengo á vivir
en perpétua reclusion.

GONZ. (¡Dice bien!)

LINCE. Tiene razon.

ELENA. Yo me quiero divertir.
Soy jóven, el tiempo pasa...
Si no me divierto ahora...

DIEGO. Pues diviértete en buen hora,
pero diviértete en casa.

ELENA. ¡Sola!... ¡No sé de qué suerte!...

DIEGO. Pues yo que tanto te quiero,
¿no estoy á tu lado?

LINCE. Pero
con usté no se divierte.

DIEGO. Me pondré á jugar al toro.

ELENA. Yo pienso que una mujer
bien se puede distraer
sin exponer su decoro.

DIEGO. Sobrina, tú desatinas.

ELENA. ¡Ni un dia al corral iremos!

DIEGO. ¿Para qué? Corral tenemos
en casita y con gallinas.

ELENA. ¡No voy á un baile!

DIEGO. Ni falta.
El baile es saltar.

ELENA. ¡Qué afan!

DIEGO. ¡Y hay muchos tunos que estan,
hija mia, á la que salta!

ELENA. ¡Cuando á las vecinas veo
que van al Pardo de gira!...

DIEGO. ¡Á comer bellotas!... ¡Mira
qué decoroso deseo!

ELENA. Tengo tantas ganas de
ver las comedias...

DIEGO. ¿Si?

ELENA. Si.

DIEGO. Yo iré á ver algunas, y
luego te las contaré.

Quiero, sobrina del alma,
que vivas en calma.

ELENA. ¡No!...
Pues no vivo en calma yo,
como yo vivo es con calma.

DIEGO. No me culpes solo á mí,
si quiero, niña, guardarte...
Échale la culpa al arte
que necesita de tí.
Copio tu rostro divino
en mis cuadros mas preciados...
y mis cuadros son buscados
por tu rostro peregrino.
El dia que una pasion
hiera tu pecho cruel,
arrojaré yo el pincel,
y no hallaré inspiracion.
No veré en los labios rojos
de tu boca purpurina
esa pureza divina,
ni esa inocencia en tus ojos.
No podré pintar la calma
y la paz de tu conciencia...
¡Pintaria la impaciencia,
la intranquilidad del alma!...

ELENA. ¡Ya me vais á hacer llorar!...

DIEGO. No, Elena... Tú serás buena,
y tú no querrás, Elena,
que yo deje de pintar.

ELENA. (Mirando al átrio de la iglesia.)
¡Él es!... ¡Me lo dice ya
el corazon!...

DIEGO. Entra, Elena,
en casa, y preven la cena,
que pronto vuelvo.
(Lince se levanta del banco donde se habrá sentado al comenzar la escena, se acerca á la puerta de la casa, dá un golpe y aquella se abre.)

GONZ. (Muy contento.) (¡Se vá!)

ELENA. (Entrando en la casa.)
(¡Ay! ¡suerte tirana!)
(Ciérrase la puerta.)

DIEGO. (Á Lince.) Vamos
en un vuelo á la posada,
á ver si ya de Granada
ha llegado el que buscamos.

ESCENA IX.

LINCE, D. DIEGO, GONZALO y NEGRO.

LILCE. (Deteniendo á D. Diego.)
Señor, venga usted acá,
y diga si me equivoco.
¿Usted quiere á su sobrina?
DIEGO. ¿Qué dices?
LINCE. Que á lo que note
seria usted muy capaz
de acuerdo con el demonio,
de casarse con la niña.
DIEGO. ¡Yo!
LINCE. Seria mal negocio,
que ella niña y usted viejo...
DIEGO. No soy tan viejo.
GONZ. (¿Qué oigo?)
LINCE. Si tiene usted treinta años
lo menos en cada ojo...
DIEGO. Calla y ven á la posada
á ver si vino ese prójimo.

ESCENA X.

GONZALO, NEGRO, luego ELENA dentro.

GONZ. (Bajando del átrio de la iglesia, muy contento, seguido de Negro.)
¡Me quiere! Me adora!... ¡Es claro!..
Si, Negro, no me equivoco...
¡Miraba aqui!... ¡Si yo he visto
cómo brillaban sus ojos!...
Ese viejo es un tirano,
(Paseándose muy contento.)
un egoiston, un monstruo...
Y debe tener dinero...

Y debe estar achacoso...
y debe quedarle ya
de vida,—es claro,—muy poco,
y ella le debe heredar...
y yo debo ser su esposo...
que debo tener en cuenta
lo que debo, que no es poco,
y debo pagarlo por
lo que me debo á mí propio,
y asi quedarán pagados
mis acreedores indómitos,
y pagada ella tambien,
y pagado mi decoro,
y pagado tú, pagándote
cuatro doblones de á ocho,
si con maña y travesura
me ayudas en el negocio.

NEGRO. Todo lo haré, pero dígame
si hay variacion en mi rostro.

GONZ. ¿Qué variacion ha de haber?...

NEGRO. ¡Mire usted bien!

GONZ. ¿Eres tonto?...

(Se oye el preludio de una arpa.)

¡Calle!... ¡calle!... Es ella, ¡si!...

(Mirando á la ventana mas alta, que se vé iluminada.)

¡Ese es su cuarto!... ¡Demonio!...
Si no estuviera tan alto...
¡Ven! por si vuelven los otros.

(Se retiran un poco hácia el fondo.)

MUSICA.

ELENA. (Dentro.)
Cuando la estrella de la mañana,
mensajera del límpido sol,
campiñas y bosques engalana,
¡llorando estoy!
Cuando toca la triste campana
en la tarde á piadosa oracion,
¡ay! lo mismo que por la mañana
¡llorando estoy!

¡Es el mal que padezco,
¡la soledad!...
¿Por qué yo no merezco
felicidad?...
¡Ay! siempre, siempre,
¡llorando estoy!
¡Nadie me saca
de la prision!...

GONZ. Es el mal que padeces,
¡la soledad!
¡Ay! ¡niña! si mereces,
¡felicidad!...
Yo siempre, siempre
pensando estoy,
cómo sacarte
de la prision.

NEGRO. Es el mal que padece,
¡la soledad!...
Mejor es que el remedio,
¡la enfermedad!
¡Ay! cuando salgas
de la prision,
verás que libre
estás peor.

ESCENA XI.

D. GONZALO, NEGRO.

HABLADO.

GONZ. Al alma me llega
su acento divino.

NEGRO. Señor, por los clavos
divinos de Cristo,
por todas las llagas
del santo Francisco,
por todos los santos
de aquel feliz siglo
de las once mil vírgenes,
por todos los niños

que el bruto de Herodes
mandó hacer añicos,
por los animales
del arca que hizo
el gran cosechero
que á la tierra vino,
por aquella burra
que habló y dejó vizcos
á todos, hablando
mejor que un ministro,
caed de la vuestra,
volved en vos mismo,
que si no, ya os veo
parar en marido...

GONZ. Debe ser un ángel.

NEGRO. Cuando pase el ímpetu
del amor, no creo
que digais lo mismo,
que es el matrimonio
muy bueno al principio,
pero luego es cosa
de pegarse un tiro.
Que la esposa pide
y pide sin tino,
que pide una joya,
que pide un vestido,
que está luego en cinta
y tiene caprichos
y antojos sin cuento...
—«¡Yo quiero un borrico!»
—«Yo quiero comerme
los zapatos fritos.»
—«Yo quiero ensalada
»de ojos de mosquito...
»Si no, ¡que á mi esposo
»le saquen el hígado!....»
La esposa hace siempre
la guerra al marido,
y si él dice flautas,
contesta ella pitos...

GONZ. Ya me enfadas, Negro...

NEGRO. ¡Aun no he concluido!....

Luego el niño nace...
GONZ. Déjame de niños.
NEGRO. Luego echa los dientes.
GONZ. Los tuyos te quito
si no callas...
NEGRO. Luego
se anuncia otro niño...
GONZ. (Mirando á la derecha.)
¡Que vuelven! ¡Apártate!
NEGRO. Y ya son dos niños.
GONZ. (Viendo volver á Lince y D. Diego.
Apártate y calla.
NEGRO. Ya os veo marido. (Se ocultan en el átrio.)

ESCENA XII.

DICHOS, ocultos, D. DIEGO, LINCE.

DIEGO. Ese señor de Granada
nunca acaba de llegar.
LINCE. Sin duda es que no ha venido.
DIEGO. Eso es claro, eso será.
Para todo, Lince, tú,
eres un lince especial...
que ni oye, ni vé, ni entiende...
LINCE. Pues de mas hago á mi edad.
DIEGO. Eso es verdad... ¡Pobre Lince!
Ya debes tú descansar...
En llegando tu sobrino
del pueblo descansarás...
GONZ. (¡Un criado tonto y ciego!)
DIEGO. (Á Lince.)
¿Sabes que me empieza á dar
mala espina la tardanza
de ese señor? sí en verdad...
LINCE. Dios sabe lo que...
DIEGO. Escribióme
unos seis meses hará,
pidiéndome algunos cuadros
que, por favor singular,
se encargaba él de vender
á los ingleses que van

á comprar preciosidades
á la morisca ciudad.
Tomé informes del sujeto;
diéronmelos á cual mas
favorables, y los lienzos
le envié sin vacilar.
Acusóme su recibo;
pasó tiempo, y hace ya
cuatro semanas bien largas
que volvió á escribir el tal
diciéndome que mis cuadros
vendió con facilidad
y con ventaja, y que él mismo
su importe me entregará,
porque de un momento á otro
á Madrid debe llegar.

LINCE. Ya sabe usted que dijeron
en el meson que quizás
la galera habrá volcado,
porque es nuevo el mayoral
y se duerme en el camino
con mucha tranquilidad...
ó quizás la habrán robado
y á estas horas estarán
con la cabeza partida
los que no en la eternidad.

DIEGO. ¡Lo dices con una calma!...

LINCE. No he de ponerme á llorar.
Ya vé usté... á mí... en cosas que
ni me vienen ni me van...

DIEGO. Pues para estar yo tranquilo,
luego, Lince, volverás
á ver si vino, y si vino
que se venga al punto acá.

LINCE. ¿Quién? ¿la galera?

DIEGO. No, tonto;
el granadino.

LINCE. ¡Ya!

DIEGO. ¿Estás?
Por las señas que me dieron,
es hombre de alguna edad;
se llama don Juan Molina.

GONZ. (¿Si? No se me olvidará.)
DIEGO. Por supuesto, Lince amigo,
que antes te asegurarás
de que es el mismo sujeto
don Juan de Molina.
GONZ. (¡Ya!)
DIEGO. Mira que hay mucho buscon
en Madrid, mucho truhan...
que no reparan en barras...
No hay que dejarse engañar.
(Por entre los hierros de la ventana iluminada se vé bajar un cordelito, en cuyo extreno viene atado un papel.)
LINCE. Veré de paso si llega,
que á esa posada vendrá
tambien el carro de Móstoles,
mi jóven sobrino Blas,
que viene á servir á usted
de criado en mi lugar;
(Picado.)
porque como yo soy viejo
y estoy hecho un carcamal,
y ni entiendo, oigo ni veo...
y en el mundo estoy de mas...
GONZ. (¡Oh dicha! ¡Ya dentro estamos!)
NEGRO. (Bajo á Gonzalo.)
¿Cómo?
GONZ. Ya se arreglará.
LINCE. (Á D. Diego.)
¿Entra usté en casa, señor?
DIEGO. Si, llama, que debe estar
Elena muy impaciente.
(Al acercarse Lince á la puerta, siente que le dá en la cara el cordelito, del que está pendiente la carta.)
LINCE. ¡Vírgen de la Trinidad!
DIEGO. ¿Qué es eso?
LINCE. ¡Señor!... ¡Señor!
DIEGO. ¿Qué sucede?
GONZ. (¿Qué será?)
LINCE. Una cartita colgando
de un hilo.
GONZ. (¡Suerte fatal!)

DIEGO. ¡Una carta!...
GONZ. (Para mí
sin duda.)
(Lince desata el papel.)
DIEGO. ¡Á ver! dáme acá. (Lo toma.)

MUSICA.

DIEGO. (¡Mi niña, mi Elena
ya escribe á un doncel!...
¡Ay! con cuánta pena
veo este papel!)
LINCE. (Su niña, su Elena
ya escribe á un doncel...
No puede ser buena,
que al fin es mujer.)
GOMZ. (Mi niña, mi Elena
me escribe un papel,
porque su cadena
ya quiere romper.)
NEGRO. (¡Su niña, su Elena
le escribe un papel!
¡Qué vida tan buena
te espera con él!...)

—

DIEGO. Lince, acerca la linterna. (Lince lo hace.)
Quiero ver lo que escribió.
GONZ. (Acercándose.)
(¡Ay! ¡qué dicha! Lo oiré yo.)
LILCE. La niña estará muy tierna.
DIEGO. (Leyendo.—La orquesta toca piano.)
«Caballero, si lo sois,
»amparad á una mujer,
»que de un déspota feroz
»sufre dura, inícua ley.
»No me oculteis vuestro nombre
»y vuestra intencion mostrad.
»Escribidme cuatro letras...
»La carta á la cuerda atad...»
GONZ. (Á Negro.)
Dáme la carta.

NEGRO. (Sacándola.) Aquí está.

(Gonzalo, aprovechando la distraccion de D. Diego y Lince, ata á la cuerda la carta y retrocede inmediatamente.)

DIEGO. (Continuando.)
«Yo tiraré de la cuerda
»cuando deis como señal
»una palmada... Si hay gente,
»á que esteis solo esperad.»

GONZ. (¡Una palmada!)

DIEGO. ¡Dios mio!

GONZ. (¿Cómo haré?)

DIEGO. (Que ha roto la carta inmediatamente despues de leerla, al decir «¡Válgame Dios!» levanta las manos, y con la mayor sencillez dá una palmada. Inmediatamente empieza á subir el cordel con la carta atada al extremo.)

¡Válgame Dios!

LINCE. (Viendo que sube el cordelillo.)
¡Señor, señor!... Usted mismo...

GONZ. (¡Oh dicha!)

NEGRO. (Á Gonzalo.) ¡La señal dió!...

LINCE. (Á D. Diego.)
¡Y mire usted qué prodigio!...
El cordelillo subió,
y una carta que sin duda
el mismo demonio ató.

DIEGO. (Asombrado.)
¡Es verdad!

GONZ. (Á Negro.) ¡Sígueme! ¡vamos!
Viento en popa vá mi amor.

(Salen Gonzalo y Negro apresuradamente por la calle detrás de la iglesia.)

ESCENA XIII.

D. DIEGO, LINCE, VECINOS, VOCES dentro.

DIEGO. (Sin volver de su asombro y mirando á la ventana.)
Pero si solos estamos,
¿cómo ha sido?... ¡Absorto estoy!

VOCES. (Dentro.) ¡Pára! ¡Pára!

—¡Á ese! ¡á ese!
—¡Dáte, perro!
—¡Ah del rey!

(Ábrense las ventanas de las casas y aparecen en cada una una ó dos personas con luces.)

DIEGO. ¿Qué sucede?
LINCE. ¿Qué ha pasado?
VOCES. ¡Dáte, perro!
—¡Ah del rey!
LOS VECINOS. ¡Vecinos! ¿qué pasa?
—¿Qué pasa? ¡Decid!...
LINCE. Que el diablo ha llegado
sin duda á Madrid.
DIEGO. Algun delito
se cometió.
TODOS. ¡Á casa! ¡á casa!
será mejor.
Antes que venga
la Inquisicion.

(Éntranse D. Diego y Lince en su casa.—Los Vecinos cierran las ventanas y las vuelven á abrir al aparecer la ronda.)

ESCENA XIV.

La RONDA, CORO DE VIEJAS, que vienen detrás de la Ronda.

RONDA. Corriendo por esas calles
dos hombres van.
Sin duda que cometieron
algun desman.
VIEJAS. (Á la Ronda.)
Sepa, sepa la justicia
de la Santa Inquisicion,
lo que aqui en esta plazuela
esta noche aconteció.
Uno y una aqui se hallaban
en dulce conversacion...
Se abrazaban, se besaban
junto al templo del Señor.
Á advertirles su delito
vinimos con santa uncion,

y la dama, que era blanca,
negra, negra se volvió...
y ¡ris!... desapareció.

TODOS. El milagro está patente.
Castigo ha sido de Dios.
¡Pronto! pronto á los vecinos
vá á tomar declaracion.

(Los de la Ronda llaman á todas las puertas, que se abren, asi como las ventanas.

RONDA. ¡Ah! ¡del rey!
¡Abrid! ¡abrid!
¡á la Santa Inquisicion!

(Ábrese la puerta de la casa de D. Diego y aparece Blanca con una luz en la mano. Todos al verle dan un salto atrás.)

TODOS. ¡Horror! ¡Horror!
¡La endemoniada!
¡La castigada
por el Señor!...

(Blanca queda alelada. Las viejas y la Ronda la miran con espanto. Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE ESBIRROS.

Durante el preludio se levanta el telon. Vá amaneciendo; tocan las campanos al alba; los esbirros, que estan tendidos en el átrio de la iglesia, ó recostados en los portales, se incorporan esperezándose.

CORO.

La noche pasó,
y nada ocurrió.
No en vano la ronda
aquí pernoctó,
y á los diablos que sueltos andaban
por esta plazuela
bien pronto ahuyentó.
Eran ciento, doscientos, trescientos
los diablos que andando de aqui para allí,
retozones, horribles, sangrientos,
á hacer de las suyas vinieron aqui.
Yo los ví.
Yo los ví,
mas no acierto
si cuando los ví
me hallaba dormido ó despierto.

(Bostezando.) ¡Ah! ¡Ah!
Á dormir
vamos, pues.
Razon es,
que la justicia cuando trasnoche,
quiera hacer luego del dia noche.
Á dormir
vamos, pues.
(Ábrese la puerta de la casa de D. Diego y sale este.)

ESCENA II.

DICHOS D. DIEGO.

DIEGO. (Viendo á la ronda.)
¡La ronda aqui!
(Llamando.) ¡Chis! ¡Chis!
CORO. ¡Eh! ¿Quién es?
DIEGO. (La ronda aqui está.
Prudente será
ponerla en autos de lo que pasa,
y asi segura tendré la casa.)
Señores esbirros,
¡oid, escuchad!
CORO. ¿En qué necesita
nuestra autoridad?
DIEGO. ¡Oid, escuchad!
Un tesoro de valor
en mi casa conservé,
un tesoro que mi amor
y mi vida toda es.
CORO. (Rodeándole con curiosidad y codicia.)
¡Conque un tesoro!... ¿eh?
DIEGO. El tesoro que amo asi
es una niña sin par,
una flor, un querubin,
un asombro de beldad.
CORO. (Con ironia y esperezándose.)
¡Conque una niña!... ¡ah!
DIEGO. Solicítala un galan;
por demas osado es,

y procura con afan
que se vaya ella con él.

CORO. (Con malicia.)
¿Conque que se vaya!... ¿eh?...

DIEGO. Á la ronda toca pues
estos sitios vigilar,
y evitar que ese doncel
cometer pueda un desman.

CORO. (Bostezando.)
¿Conque á la ronda?... ¡ah!

DIEGO. Á quien me libre
por siempre de él,
agradecido
yo le daré...

CORO. (Con codicia.)
¿Qué? ¿qué?

DIEGO. La mano en prueba
de mi amistad,
que suya siempre,
suya será.

CORO. (Burlándose.)
¡Ah! ¡Ah!

DIEGO. Que la ronda
me proteja:
esto pido
nada mas;
que vigile
la plazuela
y los pasos
del galan.
Esto ha de ser,
y esto es lo que espero
que la ronda ha de hacer,
para impedir
que el galan su intento
pueda conseguir.

CORO. Si á la niña
le complacen
los amores
del galan,
harán ambos,
no hay escape,

su suprema
voluntad.
Esto ha de ser,
que es cosa imposible
que se guarde á una mujer.
(Unos á otros.)
¡Vaya! á dormir.
(Á D. Dieho.)
Y ojo; que la niña
se os puede ir. (Vánse.)

ESCENA III.

D. DIEGO, LINCE. Lince al terminar el coro aparece en la puerta de la casa de D. Diego.

HABLADO.

LINCE. ¡Toda la noche despierto!...
No puedo tenerme en pie.
DIEGO. (Viéndole.)
Queda aqui de centinela,
y que nadie este dintel
traspase en tanto que yo
ausente de casa esté.
LINCE. ¿Y si viene el granadino?
DIEGO. Que espere ó venga despues.
LINCE. ¿Y si mi sobrino llega?
DIEGO. Que se espere aqui tambien.
LINCE. ¡Bueno!
DIEGO. De nadie me fio.
Ese incógnito doncel
que enamora á mi sobrina,
de fijo intenta romper
la valla que le separa
de ella... y juro á Dios que
no lo ha de lograr en tanto
que yo aliente.
LINCE. ¡Vaya! ¿quién
sabe si lo logrará?
DIEGO. No ha de lograrlo, no á fé.
LINCE. ¡Ay! ¿no sabe usted, señor,

que es guardar á una mujer
mas difícil que enseñar
á jugar al tute á un buey?

DIEGO. Ella no saldrá de casa
mientras no lo olvide.

LINCE. Bien.
Si ella de casa no sale
puede que en casa entre él.

DIEGO. ¡Él no entrará!...

LINCE. ¡Bah! ¿Quién sabe?...
Ejemplos se han visto de
no entrar el novio en la casa
ni á la novia poder ver,
y sin embargo... ¡Ay, señor!
lo que debe usté hacer es,
si el galan quiere casarse,—
que ella si querrá...—

DIEGO. ¿Qué? ¿Qué?...
¡Casarse mi Elena!... ¡No!...
Entregarla á... no sé quién...
á quien hoy puede quererla
y la odie luego tal vez,
á quien quizás la maltrate
y la pueda envilecer,
si tiene vicios... que nunca
se saben hasta despues...
¡Amigos... juego... mujeres!...
¡Ah, no! conmigo está bien.
(Lince se ha recostado junto á la puerta y quedado dormido.)
No fomentaré un amor
que en nada se funda, y que
tan pronto como ha nacido
puede desaparecer...
¡eso no!
(Lince, que ha ido resbalándose, vencido por el sueño, cae.)
(Viéndole.) ¡Lince!...

LINCE. ¡Demonio!

DIEGO. ¡Te estás durmiendo de pié!

LINCE. ¡Pues!... cuando uno no se acuesta...

DIEGO. Tienes razon... Vete pues...

y duerme hasta que yo vuelva.
La llave me llevaré...
Voy á misa nada mas...
Entra á dormir... ¡Duerme bien!
Y ten cuidado por Dios
de la casa.

LINCE. Diga usted,
¿en qué quedamos?... ¿ó duermo
ó tengo cuidado de...

DIEGO. Es verdad, perdona.—Duerme
y descansa en paz.

LINCE. ¡Amen!

(Éntrase Lince en la casa. D. Diego cierra la puerta, dá vuelta á la llave, se la guarda en el bolsillo y entra en la iglesia.)

ESCENA IV.

D. GONZALO con peluca blanca, traje empolvado de camino y baston, NEGRO, que han salido momentos antes, y visto entrar en la iglesia á D. Diego.

NEGRO. Ha entrado en la iglesia.

GONZ. Si.
Me es propicia la ocasion.

NEGRO. ¿Con que está usted decidido?..

GONZ. Á todo, á todo lo estoy.
Yo he de entrar en esa casa...
¿Estoy bien vestido?...

NEGRO. ¡Oh!
Parece usté un caballero
muy formal... y muy...

GONZ. Pues voy...

(Dirigiéndose á la iglesia.)

NEGRO. ¿Y dónde vá usté?

GONZ. Á la iglesia,
Entro, me llego al pintor,
rezo un par de Ave Marias
mirando con devocion
al cuadro que él ha pintado,
que está en el altar mayor...
De cuando en cuando muy sério

suelto alguna exclamacion,
por ejemplo: «¡Qué pintura!
»¡qué ropajes! ¡qué color!
»¡qué claro oscuro! ¡qué oscuro
»claro!... ¡Pues y el niño Dios!...»
¡Y la Vírgen! ¡y los ángeles!...
etcétera.—Su atencion
llamaré de esta manera.
Y él, en su orgullo de autor,
oyendo tantos encomios,
viendo tanta admiracion,
formará, no tengas duda,
de mí el concepto mejor...
Y si él mismo no me habla,
muy sencillamente yo
le diré con mucho modo:
¿Podrá usté hacerme el favor
de decirme á quién se debe
obra de tal perfeccion?...
Yo dudo entre Rafael
y Murillo.—No señor,
me dirá.—Pues no conozco
otro, fuera de esos dos,
que haga tales maravillas...
—Ese cuadro lo he hecho yo,
dirá por fin... yo le aprieto
la mano con efusion,
deshágome en alabanzas,
y vuelta á: «¡Vaya un color!»
¡Qué medias tintas! ¡qué tintas
enteras! ¡qué entonacion!...
Le daré la enhorabuena,
y le diré que yo soy
por extremo aficionado
al arte... y á las... y á los...
y por fin que de Granada
á la córte hoy con el sol
he llegado... Me repito
su seguro servidor
don Juan de Molina, y él
reconociendo que soy
el granadino que espera,

sin recelo ni temor
me ofrece amistad y casa,
y él mismo sin dilacion
á su casa me conduce...
y despues... ya dirá Dios!...»

NEGRO. (¡Dios dirá despues y ahora
que tú eres un gran bribon!)

GONZ. En tanto que yo en la iglesia
conquisto á ese buen señor,
mira tú si la doncella...

NEGRO. ¡La negra!... ¡Líbreme Dios!...
Yo que anoche la abracé
sin reparar el color,
y abrazándola, abrazaba
una sera de carbon...

GONZ. ¡Y no se armó mal escándalo...
con la negra!...

NEGRO. Si el pintor
no sale y dice á la ronda
la verdad, la Inquisicion
carga con ella y acaso
la hubiera quemado hoy!...

GONZ. (Ya en el átrio de la iglesia.)
Si con él me ves salir
no te acerques.

NEGRO. ¡Bien, señor!

(Gonzalo entra en la iglesia.)

ESCENA V.

NEGRO, ELENA Y BLANCA dentro.

Al mismo tiempo que Gonzalo entra en la iglesia, Blanca aparece en el mirador. Negro se pasea por donde Blanca no le puede ver.

ELENA. Asómate al mirador,
Blanca, y á ver si le ves.
Debe estar mirando aqui...

BLANCA. ¡Ay! si viene su mercé
á doncella Blanca vá
á sacudirle la piel...

NEGRO. (Parándose y escuchando.)
(¿Quién habla?)
BLANCA. No hay nadie, nadie.
NEGRO. (¡Ay! ¡la negrita!... Si, ¡eh!
Pues no ha de verme, que puede,
(Recatándose.)
si me llega á conocer,
que por el susto de anoche...)
ELENA. Tal vez su criado esté.
BLANCA. Ama mia, no, no está.
(Suspirando.)
¡Ay! ¡qué dolor!
ELENA. ¡Mira bien!
BLANCA. No está... ¡*Ingato*!... ¡No venir!...
¡y yo quererle ya!...
NEGRO. (Escuchando.) (¡Á ver!...)
BLANCA. Ama mia y yo penilla
tenemos de amor...
NEGRO. (¡Ay! me
quiere!... ¡Esta es mas negra!—digo
mas negra no puede ser.)
ELENA. Oye, Blanca, por si acaso
está en la plaza el doncel,
para que se llegue aqui
ponte á cantar.
BLANCA. ¡San José!...
Y si amo viene pegarme...
ELENA. Canta, que no ha de volver
tan pronto, y si está mi amante
vendrá de este muro al pie...
¡por la respuesta á su carta!...
NEGRO. (¡Vaya! que la niña es
resuelta!...)
ELENA. ¡Canta, pues, canta!...
NEGRO. (Si, canta, que lo harás bien!)

MUSICA.

BLANCA. Á la negrita,
¡qué pena dá
que nunca el blanco

le dice *ná!*
¡Ay! tengo negra
la cara yo;
¡pero es mas negro
su corazon!
¡Ay! blanquito del alma mia,
no te asustes de mi color,
y en lo blanco de mis ojitos
contempla el fuego de mi amor.
Blanquito maldito,
permita Dios que
la blanca á quien quieras
te dé con el pié;
que llores y rabies
y al diablo te des,
y el diablo al infierno
te lleve con él.

—

Si niño blanco
quisiera ver
cómo la negra
sabe querer,
pronto veria
que en el amor
es la negrita
la nata y flor.
¡Ay! blanquito del alma mia,
no te asustes de mi color,
y en lo blanco de mis ojitos
contempla el fuego de mi amor.
Blanquito maldito,
permita Dios que
la blanca á quien quieras
te dé con el pié;
que llores y rabies
y al diablo te des,
y el diablo al infierno
te lleve con él.

—

NEGRO. ¡Canela! morena,
¡qué lástima que es
que tenga la cara

lo mismo que pez!
¡Canario! ¡Por Cristo
que oyendo su voz,
casi, casi siento
no ser negro yo!

HABLADO.

NEGRO. (¡Vamos! la voz de la negra
mejor que su cara es.)
BLANCA. Ama mia, nadie llega...
ELENA. ¡Bien! ¡entra! ¡cómo ha de ser!... (Triste.)
(Desaparece Blanca de la ventana, y al mismo tiempo aparecen en el átrio de la iglesia D. Diego y Gonzalo; este dando el brazo á aquel.)

ESCENA VI.

D. DIEGO, GONZALO, NEGRO.

NEGRO. (Viéndolos.)
(¡Hola! ¡ya lo engatusó!)
(Se retira hácia el fondo.)
GONZ. (Bajando de la iglesia.)
¿Quién habia de pensar?
DIEGO. Y su venida ¿qué azar
tantos dias retrasó?
GONZ. (Dando á sus palabras el acento andaluz.)
Ocupaciones;—las mias
son infinitas.
DIEGO. ¡Ah! ¡ya!
GONZ. ¡Y desde Granada acá
hemos echado once dias!...
Vino el mayoral borracho...
volcamos... y nos robaron
dos veces... y nos mataron...
DIEGO. ¿Qué me cuenta usted?
GONZ. Un macho.
¡Es mucha lid, si, señor!...
Quien á viajar se atreva
por España, ya dá prueba

de ser hombre de valor.
La vida tuve en un hilo
con tanto y tanto percance...
mas yo en cualesquiera trance
me encomiendo á san Cirilo,
y el santo mas que de prisa
el riesgo aleja de mí.
Por eso he venido aqui
á oir al santo una misa.
Ni me paré en la posada,
ni un momento he descansado,
y no he probado bocado.
(D. Diego le mira muy atento.)
(¡Pues no me convida!... ¡Nada!)
Feliz fuí por vida mia
en hallar á usted... Si no,
con su casa de usted yo
no diera ni en todo el dia.
De la posada salí
una parroquia buscando,
y he venido preguntando.
¿Vive usted lejos de aqui?...
Tengo los huesos molidos...
y no me llevan los pies...

DIEGO. ¡Vivo aqui!

GONZ. (Mirando el sitio.) ¿Cómo? ¿esta es
la plazuela de Afligidos?...
¡Buen sitio!.... Diga usted, y
¿por qué tal nombre le dan?...

DIEGO. Por los frailes que ahí estan
que se titulan asi.

GONZ. ¡Afligidos!... Á fé mia,
que es dictado singular.

DIEGO. Si.

GONZ. ¿No harán mas que llorar?

DIEGO. Nada mas en todo el dia...
Asi entretienen el ocio.

GONZ. (Echando á andar.)
Cuando usted quiera, podemos...

DIEGO. (Sin moverse.)
¡Oh! si señor, empecemos
á hablar de nuestro negocio.

¿Gustaron mis cuadros?
GONZ. ¡Ah!
DIEGO. ¡Aquella Concepcion!...
GONZ. ¡Oh!
Aquel semblante causó
un asombro que... ¡Ya, ya!
¡ya tiene usted buenas manos!...
¡Aquel rostro celestial
no será copia,—que igual
no le hay entre los humanos!
DIEGO. Pues si señor, copia fiel
es del rostro peregrino
de mi modelo.
GONZ. ¡Es divino!
No lo he visto como él.
Yo, sin tanta maestria
como usted, si otro tuviera
que al de usted se pareciera,
¡qué Concepciones haria!
DIEGO. ¿De veras?—¿Y quién compró
ese cuadro?
GONZ. Un escribano
poderoso, y muy cristiano
y devoto.
DIEGO. ¿Y cuánto dió?
GONZ. ¡Hombre, ni me acuerdo ya!...
DIEGO. ¡Hombre! ¿y asi lo ha olvidado?...
GONZ. Pero lo tengo apuntado,
y en la lista se verá.
(Variando de tono, y poniéndose las manos en las caderas.)
¡Ay, qué agujetas!... Estoy
tan cansado...
DIEGO. (Mirándole con recelo.)
(¡Por mi nombre,
que presumo que este hombre!...
¡Vaya! á convencerme voy.)
GONZ. (Echando á andar otra vez.)
¡En casa de usted podemos
continuar!
DIEFO. (¡Qué empeño tiene!
Asegurarme conviene

antes de que en casa entremos.)
GONZ. (¿Sospechará?...)
DIEGO. Diga usté,
¿y aquella Venus?...
GONZ. ¡Aquella!...
Pareció á todos muy bella...
DIEGO. (Con sorna.)
¿Tiene buenas formas, eh?
Sin modelo la hice.
GONZ. ¿Si?
DIEGO. ¿Y tambien se venderia?...
GONZ. Si, señor, el primer dia.
Hay mucha aficion aqui.
DIEGO. (Con sorna.)
Aqui tambien.
GONZ. ¡Qué expresion!
¡Esa valió buena suma!
DIEGO. ¿Qué tal la espuma?
GONZ. ¿Qué espuma?
¡Ah! ¿la espuma del jabon?
DIEGO. ¡Qué jabon!... si es Venus cuando
sale de la mar...
GONZ. ¡Ah! ¡si!
(Procurando reponerse.)
Pues mire usted, yo creí...
DIEGO. ¿Qué?
GONZ. Que se estaba lavando.
DIEGO. Lo mismo dá.—Y diga usté,
¿quién se la llevó?...
GONZ. (Me apura
de un modo...) La compró un cura.
DIEGO. ¡La Venus un cura!...
GONZ. ¡Y qué?
Era un párroco de Utrera...
la vió, se escandalizó,
y vino y me la compró
para que nadie le viera.
DIEGO. ¡Santo varon!
GONZ. En Granada
se dijo que la quemó.
DIEGO. Hizo bien; si la pagó
á mí no me importa nada.

¿Me traerá usted el dinero?
GONZ (Desconcertado.)
En haciendo otro viaje.
Me han robado el equipaje.
DIEGO. (Con mucha calma.)
¡Vaya! ¡que es usté embustero!
GONZ. ¿Cómo?
DIEGO. Amigo, yo soy ya
viejo, y tengo buen olfato...
Me ha dado usted un buen rato,
mejor que usted lo tendrá,
cuando le diga yo que
la Venus que usted decia
que se vendió el primer dia,
en mi vida la pinté...
GONZ. (¡Vive Cristo! ¡me clavó!)
DIEGO. Mas que aquella á no dudar
le podria á usted gustar
la que en casa tengo yo.
Pero, hijo, ¡cómo ha de ser!
Ella es Venus, yo Vulcano,
y no habrá medio en lo humano
de que usted la pueda ver;
que mi Elena no ha nacido
para piratas galanes
como usted!...
GONZ. (Todos mis planes
por tierra al fin han venido.)
GONZ. Pero escuche usted.
DIEGO. Ya escampa.
Échese por otro lado,
porque aqui ya le han calado.
GONZ. (Maldita sea tu estampa!
(Variando de tono y apasionado.)

MUSICA.

DUO.

GONZ. Y si la mano os pido
de esa beldad,

jurando hacer su eterna
felicidad...
decid, ¿qué hareis?

DIEGO. Nada, porque su mano
no os la daré.

GONZ. Y si loco me vuelvo,
loco de atar,
y ni un momento os dejo
vivir en paz,
decid, ¿qué hareis?

DIEGO. Nada; lo hará un garrote
con que os daré.

GONZ. Y si yo menos fuerte
soy que mi mal,
y yo mismo la muerte
me llego á dar,
decid, ¿qué hareis?

DIEGO. Solo decir: ¡*Requiescat*
in pace amen!

GONZ. Y si desesperado
cojo un puñal
y os dejo con él seco,
sin mas ni mas,
decid, ¿qué hareis?

DIEGO. ¡Oh! nada, porque entonces
ya no podré.
Mas en tanto que yo aliente
le diré siempre que no.

GONZ. Este amor puro y ardiente
no lo puedo vencer yo.

DIEGO. Haga un poder.

GONZ. No puede ser.
Soy hidalgo.

DIEGO. Buen provecho.

GONZ. Sirvo al rey.

DIEGO. Que guarde Dios.

GONZ. De amor muero.

DIEGO. Muy mal hecho.

GONZ. ¡Sois muy terco!

DIEGO. Como vos.

GONZ. Yo he de entrar en vuestra casa.

DIEGO. ¡Por la puerta no será!

GONZ. ¡Y esta llama que me abrasa!...
DIEGO. Ella al fin se apagará.
Si por la puerta
no habeis de entrar,
por los balcones
podeis probar;
pero os advierto
que en el balcon
quedareis muerto
como un ladron.
GONZ. Si en vuestra casa
no puedo entrar,
otra manera
sabré buscar.
De honra es por cierto
ya la cuestion,
y asi os advierto
de mi intencion.
DIEGO. Por Dios
dejad
de hacer
el bú,
y ved,
señor,
que aqui
no hay mús.
¡No, por
mi fé!
Ningun
valor,
ningun
poder,
me ha de
lograr
vencer.
Ceded por Dios,
que es en verdad
vuestro amor temeridad.

A DUO.

DIEGO. Adios]

quedad!
Me voy
de aqui.
Ved de
llegar
allí, (Señalando á su casa.)
si, por
mi fé.
¡Pensad
vencer
que yo
bien sé
que no
será!...
¡No, no ha
de ser!...
¡Y adios, señor,
adios quedad,
y que no halla novedad!
(Saludando irónicamente.)

GONZ. ¡Adios
quedad!
Me voy
de aqui.
Sabré
llegar
allí, (Señalando á la misma casa.)
si, por
mi fé.
Pensad
vencer,
que yo
bien sé
que no
será.
¡No! no ha
de ser.
¡Y adios, señor,
adios quedad!
y que no haya novedad.
(D. Diego entra en su casa, y cierra la puerta.)

ESCENA VII.

GONZALO, luego NEGRO.

HABLADO.

GONZ. (Paseándose muy inquieto.)
¡Vive Dios! ¡Yo derrotado!
¡Yo como un mono corrido!...
NEGRO. (Saliendo por donde entró.)
¿Qué es eso?... ¿Qué ha sucedido?...
GONZ. ¡Qué! ¡estoy desesperado!
NEGRO. (Con sorna.)
¿Pues no ha entrado usted, señor?
GONZ. ¡Si ese hombre las pilla al vuelo!...
NEGRO. Tiene un olfato el abuelo
que ni un perro de pastor.
GONZ. (Parándose de pronto.)
¡Discurramos!
NEGRO. Discurramos.
GONZ. (Despues de un momento.)
¡Quemarle la casa!...
NEGRO. ¡Qué!...
¿Pues se opone ella á que usté?...
¡Quemar á su dueño!... ¡vamos!...
(Mirando al balcon.)
¡Medir la altura que tiene
ese balcon es mejor...
y una escala...
GONZ. ¡No, señor!
El balcon no me conviene.
Puede estar alerta el viejo
y hacer lo que me ha ofrecido...
y entonces...
NEGRO. ¡Vaya! ¿y qué ha sido?
GONZ. Cazarme como á un vencejo.

ESCENA VIII.

DICHOS, BLAS.

Blas viene vestido de paleto por la calle de la derecha, con unas alforjas al hombro.

BLAS. (Cantando.)
¡Ay! ¡Maruja, Marujilla!
si yo no fuera mas fuerte
que un toro de cuatro años,
me darias tú la muerte.
(Acercándose á Negro.)
Aunque usted perdone, ¿es esta
la plazuela de Afligidos?

NEGRO. (Sin mirarle.)
Si; échese usted á llorar.

BLAS. (Poniéndosele delante.)
Yo venia...

NEGRO. (Dándole un empellon.)
¡Arre, borrico!
(Gonzalo está preocupado mirando á la casa de Don Diego.)

BLAS. (Á Negro.)
Si usted quisiera *icirme*
qué reza este papelico...
Lo he venido desde el pueblo
leyendo, y no lo he *entendio*...
Como yo no sé leer...

NEGRO. ¡Qué animal!

BLAS. Pero me han dicho
que cualesquiera *presona*...

NEGRO. ¡Largo de aqui!...

BLAS. Pues me dijo
mi padre, dice: «en Madrid
en preguntando el camino,
naide se pierde...» Yo vengo
á servir á un *endividuo*
que pinta unos santos...
(Instantáneamente se vuelven D. Gonzalo y Negro, se miran, y se acercan á Blas.)

NEGRO y GONZ. ¡Eh!
GONZ. ¡Un pintor!
(Indicándole la carta que trae en la mano.)
¡Á ver, amigo!
BLAS. Ha pintado un san Anton
para el pueblo, que ni vivo...
con un tocino tan propio
á los pies... ¡Animalito!
¡no le falta mas que hablar!...
GONZ. (Despues de leer el papel.)
Fortuna, Blas, has tenido
en dar con nosotros...
BLAS. ¿Pues
conocen ustedes?
GONZ. Digo,
¿te parece á tí si yo
me conoceré á mí mismo?...
BLAS. ¡Caramba!... ¿Es usted don Diego?
(Saludándole con mil contorsiones.)
GONZ. (Á Negro, ap.)
¿Adivinas?
NEGRO. Adivino.
GONZ. (Á Blas.)
Tu padre te recomienda
en esta carta.
BLAS. (Sacando otra.) Á mi tio
le traigo estotra.
GONZ. (Cogiéndosela.) ¿Si?... ¡Á ver!
(Dándosela á Negro)
Dásela luego...
BLAS. Me pirro
por verle. Quince años hace
que del pueblo aqui se vino.
(Sacando una bolsa de cuero y dándosela á Gonzalo.)
¡Ah! tome usted el dinero
que me dió el padre Cirilo
para que lo tome usted
por el cuadro.—¡Es muy bonito!
¡Y ha hecho mas milagros ya!...
Todo Móstoles ha ido
á verlo, y desde que está
en la iglesia... ¡es un prodigio!

ha habido mas bodas... ¡vaya!
pues digo á usted que bautizos...
¡y entierros!... El sacristan
dice que nunca han tenido
tan buen año.

GONZ. ¡Vaya en gracia!
¿Y tu familia?

BLAS. Lo mismo.

GONZ. (Á Negro.)
Atencion á lo que diga,
que tendrás que repetirlo.

BLAS. ¡Ah! mi hermana la Geroma
se ha casado con Gilito.

GONZ. ¡Hombre!

NEGRO. ¡Con Gilito!...

BLAS. Si.
Pero, lo que yo le digo,
con quien ella se ha casado,
y esto, señor, es lo fijo,
es con aquel par de bueyes
que tiene Gil... ¡Es muy rico!
¡El boticario se ha muerto!...

GONZ. ¡Hombre! ¿si?...

BLAS. De un tabardillo...
de su mujer, que á disgustos
me lo tenia ya frito.
La hija del tio Merengue
dió á luz el jueves tres chicos...
y fueron las capuchinas
las madrinas del bautizo...
y han mandado que le den
cinco fanegas de trigo
cada año, mientras le vivan...
¡Eso es nacer con buen sino!
Lo malo es que por la noche
se le murieron los niños.

NEGRO. ¡Qué lástima!

GONZ. Di, y tu madre?

BLAS. Tan gorda.

NEGRO. ¿Y los hermanitos?

BLAS. El mes pasado murió
el menor.

GONZ. ¿Si? ¡Pobrecillo!
BLAS. Si, nació antes y con antes
de tiempo... y por ser tan vivo...
Si lo viera usté, en un frasco
lo tiene padre metido
conservado en aguardiente.
NEGRO. ¡Como las guindas!
BLAS. Lo mismo,
GONZ. ¿No traes mas equipaje?
BLAS. Si; traigo otros dos vestidos
que al venir me dió mi padre
completos y nuevecitos...
¡Uno de mi abuelo, y otro
de su padre! Iré en un brinco
al meson...
NEGRO. ¡Qué! ¿allí has dejado
el equipaje?
GONZ. Pues, hijo,
puede que ya no lo tengas.
BLAS. ¿Qué dice usted?
NEGRO. (Pobre chico!
GONZ. Si en Madrid le quitan á uno...
BLAS. ¡Ay! bien mi padre me dijo
que anduviese con cuidado
que en Madrid hay muchos pillos...
NEGRO. (No lo sabes bien.)
GONZ. (Á Negro.) Vé tú
con él al meson.... (Bajo.) Y listo
ponle cualquier traje tuyo,
y tú ponte su vestido...
Lo dejas luego encerrado
en el cuartel...
NEGRO. ¡Ya adivino!
GONZ. (Dándole la carta y la bolsa que tomó de Blas, y señalando la otra que Negro tiene en la mano.)
¡Y con esas cartas!...
NEGRO. ¡Pues!
GONZ. Esta traza ha de servirnos.
Entras en la casa...
NEGRO. ¡Ya!
(Á Blas.) ¡Vamos, Blas!...
BLAS ¡Pero y mi tio?...

NEGRO. Luego le verás... Ahora
fué á un recado muy preciso...
(Vánse Negro y Blas por donde vino este último.)

ESCENA IX.

GONZALO.

Mirando á la casa de D. Diego.

Yo te buscaré las vueltas,
pintor de los diablos...
Si la experiencia te abona
á mí el ardor de mis años.
Esa niña que tú guardas
con cerrojos y candados,
por mas que la cuides tú
de tu cariño al halago,
te vé como el prisionero
con horror vé al sér menguado
que al par que le cuida, cuida
de atarle fuerte las manos.
Y en mí verá la alegria,
la libertad, el espacio...
y sobre todo verá
que la adoro enamorado.

MUSICA.

¡Bien haya mi suerte!
¡Bien haya mi amor!
¡Bien haya la niña
que me cautivó!

—

Tendrá mi niña hermosa
ya comezon
de saber bien qué cosa
es el amor.
Y un cargo de conciencia
fuera no hacer
que lo pueda mi niña

pronto aprender.

—

¡Sí por mi fé,
sí aprenderá,
que yo en amor
estoy ya diestro,
y ha de aprender
hasta llegar
á dar leccion
á su maestro!

—

¡Bien haya mi suerte!
¡Bien haya mi amor
que hoy en esta empresa
me hará vencedor!

ESCENA IX.

GONZALO, D. DIEGO.

HABLADO.

DIEGO. (Asomándose al balcon.)
¿Aun está aqui el trovador?
GONZ. (Viéndole.) ¡El pintor!...
DIEGO. Me dá usté envidia,
caballerito.
GONZ. ¿Por qué?...
DIEGO. Por su edad, su lozani a
y por esa fortaleza
que tiene en las pantorrillas.
(Zumbon.)
Despues del largo viaje
que hizo... con tanta averia...
y sin tomar un bocado...
GONZ. ¡Se burla de mí!...
DIEGO. Á la niña
la encontré muy ocupada
escribiendo una cartita
para usted.
GONZ. Y ¿dónde está?...

DIEGO. Le daré las pavesitas
si las quiere... ¡La he quemado!...
Estaba muy mal escrita...
Sin puntos, ni comas, ni...
en fin, sin ortografia...
Yo no la riño, no tal...
¡Ella escribe!... ¡Bien! que escriba!...
Yo le intercepto las cartas...
y en paz!...

GONZ. ¡Vive Dios! me irrita!

DIEGO. Ella al fin se cansará...
Mi consejo, y mis caricias
la convencerán muy pronto
de que es su amor niñeria!...

GONZ. (¡Ah! ¡qué idea!) Mire usté,
si quiere usted hoy se firma
paz perpétua entre los dos.
Conozco que no podria
igualarle en suspicacia
ni en astucia...

DIEGO. (Con sorna.) ¡Bah! no diga
usted esas cosas!... ¡Vaya!...
si usted es la astucia misma!...
Usted sabe mucho mas
que yo...

GONZ. ¡Yo!... qué tonteria...

DIEGO. (Con intencion.) Yo solo sé pintar Vírgenes
copiadas de mi sobrina,
y Venus,—¡pues! como aquella
que se vendió el primer dia!

GONZ. (¡Y Negro no viene!)—Pues,
desde ahora, señor artista,
yo desisto de mi empresa...

DIEGO. ¿Si? (¡Cuéntaselo á tu tia!)

GONZ. Pero la amistad de usted
quiero merecer...

DIEGO. ¡Por vida!
Si, señor; entre los dos
habrá la amistad mas íntima...
Mándeme usted como guste,
y en aquello que yo sirva...
Sabe usted que esa plazuela

es de usté, y mi casa... mia.

(Por la reja alta que cae sobre la puerta se vé bajar otra vez un cordelillo, y atada al extremo una carta.)

GONZ. (Viéndolo.)
(¡Ay! ¡otra carta!... ¡Qué á tiempo!
Pues esta no me la pillas.)
(Dá algunos pasos hácia la puerta.)

DIEGO. ¿Qué es eso?... ¿La prisionera
hace alguna seña?...
(Llamando hácia el interior.)
¡Niña!
(Entra, dejando abierto el balcon.)

GONZ. Lo que es esta vez, de fijo
que la carta no me quitas.

ESCENA XI.

GONZALO, LINCE.

La carta baja muy lentamente. Se abre la puerta de la casa y aparece Lince, y en este momento baja la carta, que le dá en la cara: Lince levanta la mano y la coge, á tiempo que Gonzalo se arroja sobre él.

LINCE. (Cogiendo la carta.)
¿Qué es esto?... ¡Vírgen de Atocha!

GONZ. ¡Suelta la carta, ó por Cristo!...

LINCE. ¡Con este amor, por lo visto,
se ha vuelto la niña chocha!
¡Cartas vienen!... ¡Cartas van!...

GONZ. ¿Me la das?

LINCE. ¡Quiá! no, señor.

GONZ. (Amenazándole.)
¡Venga, ó teme mi furor!

LINCE. ¡Eh! ¡quedo, señor galan!

GONZ. (Suplicante.)
Dame la carta y te doy...

LINCE. ¡Con esas á mí!... ¡Arre allá!
Mi señor se la dará,
que á él á dársela voy.

ESCENA XII.

DICHOS, D. DIEGO.

DIEGO. (En la puerta de la casa.)
¿Cómo?... ¿Pues no dijo usté
que de su amor desistia?...
GONZ. ¡Yo!...
DIEGO. No merece á fé mia
su palabra mucha fé.

ESCENA XIII.

DICHOS, NEGRO. Viene con el traje de Blas, las alforjas al hombro, las cartas en la mano.

GONZ. (Viéndolo.)
(¡Ay! ¡Negro!) (Sigue hablando con D. Diego.)
NEGRO. ¡Jesus, Maria!
¡Qué pueblo tan grande es este!
¡Si entraré en él con buen pié!
DIEGO. (Á Gonzalo.) ¡Pues si usted no se convence!...
GONZ. Yo la quiero tanto, ¡tanto! (Á D. Diego.)
NEGRO. (Leyendo el sobre de la carta, acercándose á la casa de D. Diego.)
¡Á ver!... ¡el número siete!
¡Pues esta es la casa!
DIEGO. (Á Negro.) ¿Qué
quieres?
NEGRO. Dios guarde á ustedes...
¿Vive aqui mi tio?...
DIEGO. ¿Cómo?
LINCE. ¡Tu tio!... ¡*Santa Dei genitri*!
¡Tú eres Blas!...
NEGRO. ¡El mesmo soy!...
LINCE. ¡Ven! ¡dame un abrazo!... ¡Acércate!...
(Abrazándole.) ¡Ay! ¡sobrino de mi vida!...
NEGRO. ¡Ay! mi tio... de mi muerte,
que si me descubren, van

á hacer conmigo escabeche.)
(Gonzalo se retira, expresando gran satisfaccion. Negro le mira de cuando en cuando.)

MÚSICA.

LINCE. (Á D. Diego.)
¡Mi sobrino!
DIEGO. ¡Tu sobrino!
LINCE. ¡Claro está!
DIEGO. Si, claro está,
pero solo á su palabra
crédito no se ha de dar.
(Á Negro.)
¿De dónde vienes?
NEGRO. ¡De Móstoles!
DIEGO. ¿Y cómo te llamas?
NEGRO. ¡Blas!
DIEGO. ¿Lo juras?
NEGRO. ¡Por los Apóstoles!...
y el órgano del lugar.
DIEGO Y GONZ. ¡Bien responde!
LINCE. ¡Bien contesta!
DIEGO. ¿No traes cartas?
LINCE. (Sacándolas y la bolsa que quitó á Blas.)
¡Y ainda mais!...
(Dá las cartas á Lince.)
(Dando una á D. Diego.)
¡Para usté!...
DIEGO. ¿Y qué mas?
NEGRO. (Con la bolsa en la mano.) ¡En esta
bolsa no sé cuánto hay!
¡Es para el amo!...
DIEGO. (Cogiéndola.) ¿Si? ¡venga!
NEGRO. Por un cuadro que pintó.
DIEGO. ¡Un san Antonio!
NEGRO. ¡En el pueblo
le decimos san Anton!...
(Lince y D. Diego sacan las gafas y se ponen á leer.)
DIEGO. (Leyendo su carta.)
«Cien doblones le mandamos,

»no puede la iglesia mas.
»De limosnas lo sacamos
»y son pocas las que dan,
»mas de paso le encargamos
»que nos haga con afan
»un san Ramon al instante,
»que gran limosna le dan
»las mujeres, cuando estan
»en estado interesante:..»

LINCE. «Hijo mio es tu sobrino,
»pero te debo decir
»que es el mozo mas pollino
»que al mundo pudo venir,
»y que por desgracia vino.
»Á ver si su condicion
»de mudar encuentras traza...
»Dále alguna educacion.
»No vuelva calabazon
»el que vá tan calabaza.»

—

LINCE. (Á Negro.)
Por estas señas
presumo, Blas,
que eres, sobrino,
muy animal.
Aqui derecho
tienes que andar,
ó muchos palos
has de llevar.

DIEGO. (Á Negro.)
Si no me sirves
con lealtad...
Dios te proteja,
querido Blas;
que aqui derecho
tienes que andar
ó muchos palos
vás á llevar!...

NEGRO. (¡Válgame! ¡válgame
la Trinidad!...
Los dos me pelan
sin mas ni mas...

Cuando descubran
que no soy Blas,
¡ay! cuántos palos
me van á dar!)

GONZ. (Mi amor de fijo
se logrará...
Yo en esa casa
lograré entrar.
Y ¡vive el cielo!
que ese truhan
sin su modelo
se ha de quedar.

(D. Diego y Lince hablan con Negro. Gonzalo se ha retirado al átrio de la iglesia. Aquellos estan en el proscenío. En el mirador aparecen primero Blanca y luego Elena.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ELENA, BLANCA, en el balcon.

BLANCA. ¡No nos vea su mercé.
GONZ. (Viendo á Elena.) ¡Ay! ¡es ella!...
(Desde el átrio de la iglesia le hace señas.)
ELENA. (Viendo á Gonzalo.) ¡Santo Dios!
¡Es un viejo!... ¡y yo creia...
GONZ. (Acercándose.)
¡Mi vida!
ELENA. (Á Blanca.) ¡Cierra el balcon!...
Blanca entorna la persiana.)

ESCENA XV.

DICHOS, BLAS y CORO de hombres y mujeres del pueblo.

CORO. (Dentro.)
¿Qué le sucede?
DIEGO. ¿Quién viene acá?
BLAS. (Saliendo precipitado, seguido del Coro.)
¡Que me han robado!
GONZ. y NEG. (¡Voto á Caifás!
¡El lugareño

que vuelve acá!)

(Blanca vuelve á abrir la persiana.)

ELENA. BLANCA. DIEGO. LINCE. ¿Qué es lo que pasa?

GONZ. y NEG. (Con una mirada de inteligencia.)
¡Serenidad!

CORO. ¡Qué picardia!

(Rodeando á Blas, que hace muchos extremos.)

BLAS. ¡Esto es robar!

DIEGO. (Á Negro.)
Entrar en casa
ya puedes, Blas.

BLAS. (Volviéndose y adelantándose al oir su nombre.)
¡Eh! ¿quién me llama?

NEGRO. (Entrando en la casa.)
¡Dentro estoy ya!

ESCENA XVI.

DICHOS, menos NEGRO.

BLAS. (Encarándose con Lince.)
¡Calla! ¡mi tio!
¡no hay que dudar!

DIEGO y LINCE. ¿Qué es lo que dice
este animal?

BLAS. (Á Lince.)
¡Este es mi tio!
si, ¡voto vá!
¡mi padre tiene
la cara igual!

DIEGO y LINCE. Dinos quién eres.

BLAS. ¡Toma! ¡soy Blas!

DIEGO. ¡Hombre! ¿De veras?

LINCE. ¡Largo, truhan!

BLAS. ¡Soy Blas!

LINCE. ¡Mentira!

DIEGO. ¡Lo dijo Blas,
punto redondo!

LINCE. ¡Largo, truhan!

DIEGO. Este bergante,
á no dudar,
es emisario
de aquel galan.

GONZ. (Adelantándose.)
¡Eso es lo cierto!

BLAS. (Viéndole.)
¡Mi amo!

DIEGO y LINCE. ¿Qué tal?

GONZ. Es mi criado.
(Á Blas.) Dí, ¿no es verdad?

BLAS. (Por Lince.)
¡Y este es mi tio!

LINCE. ¡Largo! ¡arre allá!

GONZ. (Apartándole.)
No hay de que finjas
necesidad.
Si no te callas
¡voto á san Blas!
te rompo el alma
sin mas ni mas.
¡Vente conmigo,
vámonos ya!

DIEGO. Por lo que veo,
señor galan,
tres pies al gato
quiere buscar;
pero la horma
será quizá
de su zapato
lo que hallará.

BLAS. ¿Qué gente es esta?
¡voto á san Blas!
¿y qué amo es este
que quiere ya
romperme el alma
sin mas ni mas?
¡Esto me huele!
me huele mal!

LINCE. Si mi sobrino
tarda en llegar,
hoy nos la pegan

sin mas ni mas,
y este tunante,
este truhan
ocuparia
ya su lugar.

ELENA y BLANCA. ¿Qué es lo que pasa?
¿qué se dirán?
Yo tengo mucha
curiosidad;
pero no es fácil
que desde acá
saber podamos
qué pasa allá.

CORO. Aqui algo raro
debe pasar
y lo debemos
averiguar.

(D. Diego y Lince entran en la casa, y Gonzalo se lleva á Blas, seguidos ambos del Coro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el taller de don Diego; bustos, cuadros, libros, maniquies; al lado derecho del espectador, sobre el caballete un cuadro de ocho pies, que representa la muerte de Malek-Adhel, cubierto con un lienzo [1], una piedra de moler colores, puesta sobre un pedestal; enfrente del cuadro una tarima grande de seis pies de largo y doce de ancho, cubierta con un paño verde. Á cada lado de la escena una puerta; en el fondo una gran ventana, con cortina hasta el suelo, que cae á un jardin.

ESCENA PRIMERA.

LINCE, NEGRO.

El primero está limpiando el taller; Negro le sigue.

LINCE. Ya sabes, todos los dias
te levantas con el alba,
y limpias bien el taller
y luego toda la casa...
NEGRO. ¿Este es el taller?...
LINCE. ¡Cuidado!
¡que no hay que tocar á nada!...

1 Para pintar este cuadro, véase el sexteto de este acto.

Y ¿qué es esto?..

NEGRO. (Levantando el lienzo que cubre el cuadro.)

LINCE. ¡Eso es un cuadro!

NEGRO. ¡Á ver! ¿es un santo?

LINCE. Aparta.
Lo está pintando el señor
para el rey!. .

NEGRO. ¡Pues ahí es nada!...

LINCE. Y representa la muerte
de Malek-Adhel!

NEGRO. ¡Caramba!
¿Y qué don Manuel es ese?

LINCE. ¡Qué... Malek-Adhel se llama!
Un moro que murió allá...
¿qué sé yo, en una batalla...
y que tenia una novia
monja...

NEGRO. ¡Tio, usted desbarra!

LINCE. Los dos se casaron *in*
articulo mortis.

NEGRO. ¡Vaya!
¡No sea usted bruto, tio!...
¿Quién es el cura que casa
una monja con un moro?...

LINCE. ¿Quién ha de ser?... ¡Yo, bestiaza!...
El arzobispo de Tiro,
que soy yo... ¡Mira mi estampa!...
Y he servido de modelo.
(Descubriendo el cuadro.)

NEGRO. (Mirando al cuadro.)
¡Y que tiene razon!... ¡Cáscaras!
¡Es usted! ¡justo! ¡no hay mas!...
¡Pero ahí tiene usté unas barbas!...

LINCE. Es porque aquel arzobispo
casi nunca se afeitaba.

NEGRO. Y esto, ¿cuándo sucedió?

LINCE. ¡En tiempo de las Cruzadas!...
Aun yo no habia nacido...
Mira si la fecha es larga!...

NEGRO. (Señalando al cuadro.)
¿Y esta quién es?

LINCE. Es Matilde...

¡La monja!...

NEGRO. ¡Vaya si es guapa!

LINCE. Esa es la novia del moro.

NEGRO. ¡Pues el moro no era rana!

LINCE. Es la sobrina del amo.

NEGRO. (¡Ya! la niña de las cartas.)

LINCE. El moro es ese caido...

NEGRO. ¡Cuál le mira la muchacha!...
Estará diciendo el pobre:
«¿Ha visto usted qué desgracia?
Cuando me muero me caso.
¡Á buen tiempo, mangas largas!...»
¡Calle! ¡y allí está la negra!...

LINCE. Si; representa una esclava...

NEGRO. Solo falto yo en el cuadro.

LINCE. Puede que te ponga... Aun falta
pintar un camello...

NEGRO. Pues
estando usted en la casa...

LINCE. Pero, hablando de otra cosa,
aun no me has contado nada
del pueblo.

NEGRO. ¡Toma! Si allí
no hay nada...

LINCE. ¿Cómo está Bárbara,
mi prima?

NEGRO. Tan buena y tan...
(¡Si este truhan no me habla
de lo que me dijo el otro,
me pierdo!)

LINCE. ¿No estaba mala?...
Si me lo escribió tu padre...

NEGRO. Si; un poco malucha andaba.

LINCE. ¿Cómo malucha, si dice
que tenia cataratas?...

NEGRO. Si, en los ojos; pero el cuerpo
lo mismo que una manzana.

LINCE. Dime, ¿ha cogido tu padre
ogaño mucha cebada?

NEGRO. Si nos hemos mantenido
con ella desde la pascua,
y aun quedaba cuando vine...

(¡Daré mis noticias!...) ¡Vaya!...
ya no me acordaba yo
de decir á usté... ¡Ahí es nada!

LINCE. ¿Qué?...

NEGRO. Que se casó la Geroma.

LINCE. ¿Quién?... ¿Tu hermana?

NEGRO. Si, mi hermana.

LINCE. ¿Con quién?

NEGRO. Con Gilito.

LINCE. ¿Cuál
de los dos?

NEGRO. (¡Hay dos!... ¡Malhaya!...)

LINCE. ¿Con aquel?

NEGRO. Si, con aquel.

LINCE. ¿Con cuál?

NEGRO. Con ese,

LINCE. Aquel mandria...

NEGRO. El que tiene el par de bueyes.

LINCE. ¡Ah! si.

NEGRO. (¡Me dan unas ganas
de tirar á este arzobispo
de Tiro por la ventana!)
El boticario se ha muerto.

LINCE. ¿De qué?

NEGRO. De la boticaria.

(Mirando á la puerta de la derecha, que se abre.)
¡Ah! ¡gente viene!... ¡Me alegro!...

LINCE. (Viendo salir á D. Diego.)
¡Nuestro amo don Diego!—¡Calla!

ESCENA II.

LIDCE, D. DIEGO, ELENA, NEGRO, BLANCA.

D. Diego sale seguido de Elena y Blanca, y hablando con la primera, Blanca se queda cerca de la puerta.

DIEGO. (Á Elena.)
Hoy necesito de tí
mas que nunca... Sé que viene
á visitar hoy mi estudio
el rey.—Mi cuadro ver quiere

antes de que se termine,
y es fuerza satisfacerle...
(Elena se sienta disgustada en un sillon de lá derecha.)

BLANCA. Mirando á Negro.)
(¡Ay! el criadito blanco!...)

NEGRO. (Lo mismo á Blanca.)
(¡Ay! ¡la negra!... ¡Mala peste!)

DIEGO. (Pasando á la izquierda, á Lince.)
Lince, arregla mi paleta,
mis colores, mis pinceles.
Á Blas, á moler colores
es preciso que le enseñes.
Hoy haráme falta el negro.
(Á Negro.)
Él te enseñará y lo mueles.

NEGRO. ¿Negro?... ¡Muy bien! De la negra
bastante sacarse puede.

ELENA. (Volviendo la cabeza y viendo á Negro.)
¿Este es el nuevo criado?...

LINCE. (Presentándole.) Este es Blas.(Á Negro.)
¡Saluda, imbécil!
(Á Elena.) ¡Mi sobrino!...

ELENA. (Á D. Diego.) Otro guardian
que me vigile y me cele.
(Lince abre la ventana del fondo corriendo la cortina que estaba descorrida.)

NEGRO. (Mirando á Elena.)
(La muchacha es como un oro.)
Señorita, yo estoy siempre...

ELENA. Bueno, bueno.
(Lince y D. Diego hablan aparte. Blanca se acerca á á la ventana del fondo.)

NEGRO. (Acercándose poco á poco á Elena.)
Soy su humilde
criado, y soy...

ELENA. (Con disgusto. ¡Bueno! Vete!

NEGRO. (Bajo á Elena.)
Si supiera la señora
con qué objeto y de qué suerte
quiero servirla...

ELENA. (¿Qué dice?)

NEGRO. (Acercándose mas y observando á D. Diego y Lince.)
Yo soy...
ELENA. (¿Qué criado es este?)
NEGRO. (Separándose, viendo que D. Diego le mira.)
Yo no soy lo que parezco...
(Hace señas á Elena, moviendo la cabeza y los ojos en direccion de D. Diego, como advirtiéndole que debe guardarse de él, y que no puede hablar mas.)
DIEGO. (Observándole.)
(¿Qué es esto?)
(Á Lince.) Lince, ¿no adviertes?...
NEGRO. (¡Ya me observan!)
DIEGO. (Á Lince.) Tu sobrino
á Elena hace señas...
LINCE. (En tono de incredulidad.) ¡Puede!
DIEGO. (Á Negro.)
¿Por qué haces esos visajes
con los ojos?...
NEGRO. (Llevándose la mano á los ojos.)
¡Si me duelen!...
Se me ha metido una cosa...
(Á Lince.)
Deme usted un soplo en este.
LINCE. Anda, que te sople un toro
de seis años.
NEGRO. ¡Vaya un fuelle!
DIEGO. (Á Lince.)
Avisarás á Matías,
mi modelo.—Á ver si viene.
Falta acabar la cabeza
de Malek-Adhel.
LINCE. No puede
venir.
DIEGO. ¿Por qué?
LINCE. Porque ayer
tomó una chispa y la duerme.
DIEGO. Ya la habrá dormido.
LINCE. Es que
se hizo en la testa un boquete,
y segun ha dicho el médico
tiene para cuatro meses.
DIEGO. Vé, sin embargo...

LINCE. Yo iré...
pero de fijo no viene.
DIEGO. (Á Lince y Negro.)
¡Dejadnos ahora!...
(Acercándose á Elena.) ¡Elena!...
LINCE. (Á Negro.)
Sal, sobrino.
DIEGO. (Á Blanca.) Blanca, vete.
(Blanca vá hácia la izquierda.)
NEGRO. (Á Blanca.)
¿Con que tú eres Blanca?
BLANCA. Para
servirle...
NEGRO. ¡No te molestes!...
(Vánse Blanca, Negro y Lince por la primera puerta izquierda.)

ESCENA III.

D. DIEGO, ELENA.

MUSICA. [1]

DIEGO. (Con mucho cariño y sentimiento á Elena.)
Elena, mi vida,
mi vida, mi amor,
¿por qué en tu semblante
se pinta el dolor?
¿Por qué la alegria
se aleja de tí?...
¿Por qué con enojos
me miras á mí?...
Niña desvalida,
yo abrigo te dí...
Mi dicha, mi vida
cifraba yo en tí.

---

1 Esta pieza musical puede suprimirse.

Y hora, ingrata, mi consejo
ya no aprecias ni mi amor...
Ya no ves del pobre viejo
la tristeza y el dolor.

(Con dolor profundo.)

¿Qué tienes, Elena?

ELENA. ¡Qué tengo no sé!
Me mata la pena,
y no sé por qué.
Con mil inquietudes
luchando estoy yo,
y no sé qué siento
en el corazon.
Mi pecho se oprime,
y siento que aqui
el aire me falta,
no puedo vivir.
Decidme, decidme
qué pasa por mí.
Decidme, decidme
por qué sufro asi.
Bueno es, si, vuestro consejo;
vuestra es toda la razon.
No de vos, de mí me quejo,
que al dolor cobarde soy.

(Con dolorosa ansiedad.)

¿Qué es esto que siento?

DIEGO. ¡Ay! ¡yo lo sé bien!
y con honda pena,
Elena, lo sé.

—

De amor, Elena, la llama traidora
se vé que en tu pecho se enciende ya.
Y ¡ay! que esa llama que el alma devora
la vida ó la muerte te puede dar.
Por ese amor que sientes
tan sin razon,
olvidas, hija mia,
mi eterno amor.
Hay en amor placeres,
tambien dolor;
este es eterno, aquellos

fugaces son.

ELENA. De amor ¡ay triste! la llama traidora
siento que en mi pecho se enciende ya.
Y ¡ay! que esa llama que el alma devora
la vida ó la muerte me puede dar.
(Por este amor que siento,
—tiene razon,—
soy ingrata y olvido
su tierno amor!...
Yo misma me rebelo
contra mi amor,
¡mas no puedo arrojarlo
del corazon!)

HABLADO.

DIEGO. (Con mucho cariño.)
Elena, mi voz amiga
escucha con atencion,
y graba en tu corazon
lo que este viejo te diga.
La mujer llega á una edad
en que al juego peligroso
de amor, juega su reposo,
su honor, su felicidad.
Siente turbada la calma
en que su alma vivia,
y es que su alma, hija mia,
necesita de otra alma.
Si dá con una alma buena,
llena de amor y virtud,
cesa al punto su inquietud,
truécase en gozo su pena.
Su amor la sancion recibe
de Dios, y asi bendecida,
á un hombre por siempre unida,
honrada y tranquila vive.
Pero si un alma de cieno
al alma inocente llega,

y esta al fin su fé le entrega,
le dá aquella su veneno;
y entonces, sobrina Elena,
—no lo olvides en tu vida,—
el alma ya envilecida
envilece el alma buena.
Por eso yo estoy sin mí,
viendo que tu pecho inflama
la devoradora llama
de amor indigno de tí.

ELENA. ¡Tio!...

DIEGO. El hombre que cautiva
tu voluntad, no es honrado...
No ha de ver su afan logrado,
Elena, mientras yo viva.
No deja de buscar traza
de turbar nuestro sosiego,
y lo mismo emplea el ruego
que el disfraz y la amenaza.
Ya te dije que fingiendo
ser un viejo de Granada
que espero, vino la entrada
en mi casa pretendiendo.

ESCENA IV.

DICHOS, NEGRO.

NEGRO. (Aparece en la primera puerta izquierda.)
¡Señor!

DIEGO. (Volviéndose y dejando el papel sobre una mesa.)
¿Qué te ocurre?

NEGRO. Un hombre,
caballero... en un caballo,
y que dice que al escape
ha venido desde el Pardo,
enviado por el rey,
sobre yo no sé qué cuadro
del casamiento del moro
don Manuel, que está espirando
con una monja profesa...

á la puerta se ha apeado,
y pretende con empeño
ver á usted.

DIEGO. ¡Ah! voy volando.

(Sale por la puerta por donde entró Negro.)

NEGRO. Volando no; puede usted
caerse y hacerse daño.

ESCENA V.

ELENA, NEGRO.

NEGRO. (Acercándose á Elena con misterio y hablando muy deprisa.)
Señora, un breve momento
escúcheme por favor,
que en las mas breves palabras
le diré mi comision.
Yo no soy Blas, ni he venido
de Móstoles ni el Mogol.
Yo sirvo al jóven hidalgo
don Gonzalo Bellaflor,
capitan del rey y mozo
valiente como un leon,
capaz de andar á estocadas
con su sombra cuando hay sol,
con las mujeres muy tierno
y con los hombres feroz,
un poco loco y un poco
poeta como español,
que por las bellas se muere,
pero se muere de amor,
que es un morirse muy dulce
si son á morirse dos.

ELENA. (Temerosa é impaciente.)
Pero que...

NEGRO. Pronto concluyo,
perdonad la digresion:
evidencia diz que tiene
don Gonzalo, mi señor,
de que á su amor insensible

no ha sido ese corazon.

ELENA. Pero eso...

NEGRO. No tengais miedo,
que él es un hombre de pró
y sé que tiene ante todo
la buena y santa intencion
de escuchar puesto de hinojos
cerca, muy cerca de vos,
la epístola de san Pablo,
que es un cuento de color
de rosa para las hembras
que en paz y en gracia de Dios
adquieren marido, que es
la mejor adquisicion.
Decidme, pues ya supisteis
á qué vine y á qué voy,
lo que á don Gonzalo debo
decir en contestacion,
que esperando está en la calle,
al pie del muro exterior
de ese jardin...
(Señalando la gran ventana del fondo.)
En un brinco
entra en el jardin...

ELENA. (Con miedo.) ¡Ah! ¡no!...

NEGRO. ¡Os adora!...

ELENA. ¡No me atrevo!...

NEGRA. Libertad os dá y amor,
nombre de esposa... y de esposo
la mano y el corazon...
¿Le aviso?...

ELENA. ¡No! ¡no! ¡esperad!

NEGRO. ¡Huid con él!...

ELENA. ¡No! ¡Por Dios!...
¿Y mi tio?...

NEGRO. Es un tirano...
Morireis por consuncion
si seguis bajo su férula...
(Si yo me muriera hoy,
por celebrar mi llegada
al infierno, como hay Dios
que daba al demonio un baile...)

Conque... ¿qué digo?...

ELENA. ¡Que no!...

NEGRO. (La primera vez dan todas
la misma contestacion...)

ELENA. Salid... Volverá mi tio,
y si nos halla á los dos,
sospechará... Á vuestro amo
decidle que me enojó
el engaño con que aqui
os introdujo... y por Dios,
que os alejeis de esta casa...

NEGRO. Ya deseándolo estoy,
mas debemos salir juntos
don Gonzalo, vos y yo.
(Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VI.

ELENA.

¡Dios mio!... ¡Su amor!... ¡su nombre!
¡Su esposa me quiere hacer!...
Pero... ¿yo debo tener
confianza en ese hombre?...
¡Á este amor llama mi tio
amor indigno de mí!...
(Poniéndose la mano sobre el corazon.)
Pero, ¿esto es amor?... ¡Oh, si!...
Amor es, amor... ¡Dios mio!...

MUSICA.

¡Ay! ¡triste de mí!... Yo que creia
que era en amor todo ventura,
y hoy que lo siente el alma mia,
se llena mi alma de amargura.
Todo inquietudes
es hoy mi amor,
duda, agonia,
pena y dolor.
Ya nunca en calma,

viviré yo.—
Ya mi alegria
despareció.
Esta triste pasion traidora
del corazon quiero arrojar,
y el corazon cobarde ahora,
no, no se la deja arrancar.
¡Pasion traidora,
sal ya de aqui!...
¡qué abrasadora
naciste en mí!...
¡Ay de mí! ¡triste!
¡Fatal pasion!
No te resiste
mi corazon.

ESCENA VII.

ELENA, D. DIEGO.

HABLADO.

DIEGO. (Entrando muy contento por la primera puerta izquierda.)
¡Lince! ¡Elena!...
ELENA. ¡Señor!
DIEGO. ¡Elena, Elena querida!...
Verdad era... á ver mi cuadro
el rey viene... La visita
de un rey tan solo faltaba
á mi corona de artista.
ELENA. Y ¿cuándo viene?...
DIEGO. ¡Esta tarde!...

ESCENA VII.

DICHOS, LINCE, NEGRO.

LINCE. ¿Me llamaba usté?...
DIEGO. ¿Y Matias,
mi modelo?... ¡Fuiste á verle?...

LINCE. Y he visto que no podia
venir por su pie.
DIEGO. ¿Por qué?...
LINCE. Por la cosa mas sencilla...
Porque ha muerto esta mañana...
ELENA. ¡Infeliz!
DIEGO. (Con desaliento.) No hay quien me sirva
para acabar la cabeza
de Malek-Adhel!... ¡Ah! ¡mira!
En el portillo cercano
hay una corta partida
de ginetes...
LINCE. Si, esperando
al rey!... ¡Ya lo sé!
DIEGO. ¡Bien! cuida
de ver al jefe... y le ruegas
que á un soldado le permita
venir contigo!... Le cuentas
la ocasion que á esto me obliga.
NEGRO. (¡Ah! ¡buena ocasion!...) (Á D. Diego.) Yo iré.
DIEGO. ¡Tú no!... Decir no sabrias...
LINCE. ¡Calla, tonto!
NEGRO. (Haciendo ademan de dar un revés.)
(¡Si no fuera!...)
DIEGO. (Á Lince.)
Di que se le necesita
una hora no mas, que el rey,
segun él mismo me avisa,
vendrá dentro de dos horas...
LINCE. ¿Y si de mí no se fia...
DIEGO. (Despues de un momento.)
Es verdad; iré yo mismo
contigo (Á Elena.) En tanto, sobrina,
viste el traje de Matilde,
ponte muy bella, hija mia.
(Á Blanco.) ¡Ayúdala?
BLANCA. Bien, señor.
DIEGO. (Á Negro.)
Y tú de la casa cuida.
NEGRO. (¡Me deja dueño del campo!
Vaya, llegó ya la mia.)
(Elena se entra en su habitacion, seguida de Blanca.

que queda á la puerta.)

DIEGO. (Á Lince, tomando el sombrero de sobre una silla.)
Tú vendrás con el soldado,
y yo iré por la vajilla
que un buen amigo me presta,
y que es á la verdad digna
del rey... Fuerza es obsequiarle.
(Á Lince.)
¡Vamos!
(Salen por la puerta primera izquierda.)

NEGRO. (¡Si estará en la esquina!)
(Vá á salir detrás. Blanca le detiene.)

ESCENA IX.

BLANCA y NEGRO.

BLANCA. ¡Niño!

NEGRO. ¡Niña!

BLANCA. Niña Blanca
conoce ya á niño blanco.
El niño me dijo flores
en la calle y me dió abrazos.

NEGRO. (¡Maldita! me ha conocido.)

BLANCA. Y voy á decirle al amo
que niño blanco es tunante.

NEGRO. Detente, negra del diablo.

BLANCA. Del diablo no; soy de Dios
desde que me bautizaron.

NEGRO. (Yo te voy á confirmar.)

BLANCA. Niño blanco intenta algo
contra niña Elena, y yo
quiero á niña Elena, ¿estamos?

NEGRO. (Pues señor, Dios me lo tenga
en cuenta por mis pecados.)
No tengas miedo, morena;
si aqui vine por mi amo,
tambien por tí, morenilla,
que me tienes abrasado
y te quiero y te requiero
como un pedazo de bárbaro.
Si, chica, estoy por lo negro.

BLANCA. Como yo estoy por lo blanco.
NEGRO. Como tú, negra es mi suerte;
sin serlo Negro me llamo,
y me tratan como á un negro
y como un negro trabajo,
y negro es el pan que como
y negro el humor que gasto,
y tengo la sangre negra
y la pena negra paso,
de suerte que con lo negro
estoy familiarizado,
y si tú quieres, morena,
dejo á las blancas en blanco,
y tu negra mano tomo
y te doy mi blanca mano.
BLANCA. Casarse conmigo...
NEGRO. Si.
Si no me descubres, mi amo
con Elena casará
y yo contigo...
BLANCA. Es engaño.
NEGRO. ¡No, hermosa, cara de cielo!
BLANCA. ¿Y me querrá mucho?
NEGRO. ¡Claro!
BLANCA. ¿Será buen marido?
NEGRO. ¡Vaya!
BLANCA. ¿Será buen padre?
NEGRO. (¡Canario!)
BLANCA. Porque si Dios nos dá un hijo...
NEGRO. ¡No será mal mamarracho!
BLANCA. ¿Cuántos quisiera tener?
NEGRO. Treinta y tres ó treinta y cuatro
con el lado izquierdo negro
y el lado derecho blanco.
¡Verás qué bonitos!
ELENA. (Dentro.) ¡Blanca!
BLANCA. Niña Elena está llamando.
NEGRO. Pues anda, vé, y punto en boca,
porque si no no me caso.
BLANCA. (Muy zalamera.)
¡Adios, niño!
NEGRO. ¡Adios, hermosa!...

en tu clase.

(Blanca entra en la habitacion de Elena, y Negro sale por la puerta por donde se fueron Lince y don Diego.)

Á ver si el amo
está como de costumbre
por la plazuela rondando.

(Váse.)

ESCENA X.

D. GONZALO.

La escena queda sola algunos momentos mientras la orquesta toca piano uno de los motivos de la pieza musical de esta obra que señale el compositor. De detrás de la cortina que cubre la gran ventana del fondo sale D. Gonzalo, que avanza sigilosamente.

Quizá una infamia cometo
entrando como un bandido
en esta casa!... ¡Discúlpeme
el amor!... Salir he visto
al pintor con su criado
y á todo ya decidido
he saltado el bajo muro
de ese jardin y...

ESCENA XI.

GONZALO, NEGRO.

NEGRO. (Sorprendido al entrar y ver á Gonzalo. Vuelve por donde salió.)

¡Dios mio!...
Salí á buscaros...

GONZ. Y yo
por el jardin he venido
¿Tardarán mucho?

NEGRO. Muy poco.
Se arma la de Dios es Cristo
si os encuentran.

GONZ. ¿Y mi Elena?
NEGRO. (Señalando al cuarto de Elena.)
¡Allí!
GONZ. Verla necesito.
¡Avisa!...
NEGRO. Se está vistiendo
y no puedo...
(Ábrese la puerta de la habitacion de Elena y aparece esta con el traje de monja igual al de la figura del cuadro.)
GONZ. (Viéndola.) ¡Jesucristo!
(Elena dá un grito al verle; Gonzalo se acerca á ella y la detiene. Blanca se precipita como para pedir socorro á la ventana del fondo. Negro la detiene. Todo muy rápido.)

ESCENA XII.

GONZALO, ELENA, NEGRO, BLANCA.

MUSICA.

GONZ. ¿Qué es lo que veo?...
ELENA. (Suplicante á Gonzalo.)
¡Salid por Dios!...
NEGRA. (Cogiendo por un brazo á Blanca y amenazándola.)
¡Calla ó te pego!
GONZ. ¡Ah! ¡monja sois!...
NEGRO. (Á Gonzalo.) ¡Qué! si ese traje
suyo no es...
Es de la novia
de don Manuel.
GONZ. ¿Qué es lo que dices?
No entiendo á fé.
NEGRO. Pues mas despacio
lo explicaré.
ELENA. (Á Gonzalo.)
Salid al punto,
salid, señor...
Comprometiendo
estais sin honor.

GONZ. No, que en tus bellos
ojos de sol
brilla la pura
llama de amor!...

NEGRO. (Á Blanca, que procura desasirse.)
¡Quieta! ¡Negrita!
¡Calla y te doy
para que puedas
comprar jabon!...

BLANCA. ¡Jesus! ¡si vienen!...
¡Jesus, señor!
¡Jesus! Dos diablos
sin duda son.

Á CUATRO.

GONZ. ¡Detente! Detente,
mi vida, ¡mi amor!
No temas que atente
osado á tu honor!
¡Que vengan espero
aqui sin temor,
que todos ya quiero
que sepan mi amor!

ELENA. ¡Dejadme, dejadme!
¡Salid ya, señor!
Salid y mostradme
asi vuestro amor.
¡Por vos tengo miedo,
que obrando asi vos,
amaros no puedo
ni debo, señor!

NEGRO. No escuches, negrita,
lo que hablan los dos,
que á tí no te importa
su conversacion.
Y no, no te asustes,
ten calma por Dios,
que puedes del susto
perder el color.

BLANCA. ¡Ay! ¡Jesus! los blancos
¡qué atrevidos son!...

¡Amor de negritos
es mucho mejor!...
Si viene amo mio,
¿qué pasa, señor?...
¡Nos mata! ¡nos mata!...
¡Ay! ¡líbrenos Dios!

HABLADO.

LINCE. (Dentro.)
¡Todo derecho!
NEGRO. Aqui estan.
ELENA. (Á Gonzalo.)
¡Salid!
NEGRO. (Señalando la ventana del fondo.)
¡Por aqui!
CONZ. ¡Amor mio!
Me ocultaré, pero luego...
NEGRO. ¡Vamos! (Llevándole á la ventana.)
BLANCA. ¡Ay! ¡qué laberinto!
(Gonzalo se oculta detrás de la cortina de la ventana del fondo, que llega hasta el suelo. Elena y Blanca éntranse en la habitacion de la primera, á tiempo que aparece en la primera puerta izquierda el Soldado, seguido de Lince.)

ESCENA XIII.

NEGRO, LINCE, el SOLDADO, GONZALO, oculto.

LINCE. Adelante, camarada.
SOLD. ¿Qué es lo que tengo que hacer?
LINCE. Lo primero desnudarse.
SOLD. ¿Desnudarme?... ¿Para qué?
LINCE. Excepto el calzon.
(Cogiendo una barba que hay sobre la mesa donde está el traje de Malek-Adhel.)
Ponerse
estas barbas.
SOLD. ¡Barbas!
LINCE. ¡Pues!

SOLD. Pero, hombre, yo ¿á qué he venido?
LINCE. Vas á ser Malek-Adhel.
SOLD. ¿Mal de qué?...
LINCE. (Señalando el cuadro.) ¿Ves este cuadro?
Van á retratarte en él
vestido de moro... y todo.
SOLD. ¿De moro?... ¡No puede ser!
¡Mejor me retrato en cueros
que de moro!... ¡Yo soy buen
cristiano!...
NEGRO. (Que anda cerca de la ventana, viendo que la cortina se mueve.)
(¡Y no se ha marchado!
¡Por Cristo, váyase ysted!)
LINCE. (Al Soldado.)
Deja pues aqui tu ropa
y vístete pronto. (Á Blas.) Ven,
Blas. Ayúdame. (Señalando á la mesa.)
Coraza
y malla se ha de poner...
y estas barbas...
SOLD. ¡Un demonio!
No me visto asi, si el rey
no me lo manda.
LINCE. (¡Qué bruto!...)
Á don Diego avisaré.
(Gonzalo asoma la cabeza por detrás de la cortina.)
BLAS. Es lo mejor.
LINCE. No ha venido
todavia.
BLAS. Vaya usté.
(Váse Lince por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

SOLDADO, NEGRO, GONZALO.

GONZ. (Al Soldado, saliendo de detrás de la cortina.)
¡Pronto! ¡Dame tu vestido!
Soy tu capitan! ¡Despacha!
SOLD. (Cuadrándose.)
¡Don Gonzalo! Ya lo veo.

GONZ. Si me sirves, sin tardanza
te alcanzaré una gineta.
NEGRO. (Á Gonzalo.)
¿Vá usted á ponerse?...
GONZ. (Á Negro.) ¡Calla!
(Al Soldado.)
Dame tu ropa al momento.
Toma la mia... Despacha.
(Cambian de traje. Gonzalo deja las prendas que le dá el Soldado sobre una silla.)
SOLD. ¿Y qué hago ahora?
GONZ. (Llevándole á la ventana.)
Ven, mira.
Saltas por esta ventana,
y te estás en el jardin
hasta tanto que yo salga.
Puedes meterte en la fuente.
SOLD. ¿Cómo?
GONZ. ¡Si no tiene agua!
SOLD. Mas si tarda mucho...
GONZ. ¡No!
No tardo; no temas nada.
SOLD. Entonces...
GONZ. Lo sabrá el rey,
y ha de premiarte.
SOLD. ¡Caramba!
(Salta por la ventana, y Negro vuelve á correr la cortina.)

ESCENA XV.

GONZALO, NEGRO.

NEGRO. ¿Y ahora, señor?
GONZ. Ahora
me pongo el traje del moro,
y voy á ser el modelo.
(De sobre la mesa donde está el traje de Malek-Adhel, vá tomando y poniéndose el casco, la coraza, el albornoz, las barbas, etc., etc., mirando al mismo tiempo al cuadro.)
¿Aquel es el cuadro?... Todo,

todo está aquí... ¡El alquicel,
las barbas!... (Á Negro.) ¡Verás qué pronto!
El casco con el turbante.
(Mirándose á un espejo.)
Yo mismo me desconozco.

NEGRO. ¿Y qué adelantais, señor,
con esta burla?

GONZ. ¿Eres tonto?
Pasar algunos momentos
al lado del bien que adoro,
y dar al pintor un chasco
que no se le olvide pronto.

NEGRO. Mirad, señor, que ya os veo
con la cruz del matrimonio...

GONZ. Pues no me asusta esa cruz.

NEGRO. Ahora ya lo supongo.
Cuando con ella se carga
parece que pesa poco,
pero en teniéndola á cuestas,
se vé que es de piedra y plomo...
Por eso, señor, hay tantos
Cirineos, buenos prójimos,
que á llevar la cruz ayudan
á los que se cansan pronto.

ESCENA XVI.

DICHOS, D. DIEGO, LINCE.

LINCE. (Dentro.)
Si dice que no se viste
de Malek-Adhel!

DIEGO. Pues, ¿cómo?...

GONZ. ¡Ya vienen!... ¡Serenidad!...

DIEGO. (Entrando y viendo á Gonzalo.)
Si ya se vistió.

LINCE. ¡Ah, galopo!

NEGRO. Yo le reduje.

DIEGO. (Examinándole.) ¡Á ver! (Á Lince.) ¡Vamos!
¡Te dieron todo un buen mozo!
Vístete tú con el traje

del arzobispo, y ven pronto.
(Lince se vá por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XVII.

GONZALO, D. DIEGO, NEGRO.

DIEGO. (Preparando la paleta y los pinceles.)
¿Cómo se llama el valiente?
GONZ. (Con voz bronca.)
Juan Manuel Lúcas Antonio.
Soy inclusero.
DIEGO. ¡Qué lástima!
¿Sirve muchos años?
GONZ. ¡Ocho!
DIEGO. ¿Vá á hacer lo que yo le diga?
GONZ. Yo me atrevo á hacerlo todo.
NEGRO. (Es verdad.)
DIEGO. ¿Cuántas campañas hizo?
GONZ. Muchas.
DIEGO. ¿Contra moros?
GONZ. No, señor, contra cristianos.
NEGRO. (¡Y cristianas! ¡Con qué aplomo!...)
DIEGO. ¡Vaya, manos á la obra!
Ya está prevenido todo.
(Llamando.)
¡Elena! ¡Blanca!

ESCENA XVIII.

DICHOS, ELENA, BLANCA, LINCE.

ELENA. (Saliendo de su habitacion.)
¡Señor!
DIEGO. (Llamando.
¡Lince!
LINCE. (Saliendo de la segunda puerta izquierda con el traje del arzobispo de Tiro.)
Acá estamos ya todos.

MUSICA.

DIEGO. (Á Elena.)
¡Ven, sobrina!
GONZ. (¡No me ha visto!)
DIEGO. (Á Lince y Negro.)
El tablado disponed.
(Entre Lince y Negro arrastran el tablado, que debe tener ruedas, hasta colocarlo enfrente del cuadro.)
DIEGO. (Á Elena.)
Sube, Elena.
ELENA. (Al subir las gradas del tablado dice á Negro, pasando á su lado.)
(¿Se ha marchado?)
NEGRO. (Bajo á Elena.)
Yo, señora, no lo sé.
(D. Diego vá colocando las figuras segun estan en e cuadro.)
DIEGO. (Á Elena.)
Tú arrodillada
delante de él.
(Á Blanca)
Tú le sostienes.
BLANCA. ¡Si, ya lo sé!
(Sube al tablado con Gonzalo.)
NEGRO. (Mirando al grupo.)
(¿Cómo la risa
yo contendré?)
DIEGO. (Á Blanca haciéndola subir.)
Detrás de todos
te has de poner,
mirando al pobre
Malek-Adhel!
(Á Gonzalo.)
Postrado en tierra
debes estar...
La expresion, toda
en el mirar.
(Á Elena.)
Su mano, Elena,
debes tomar.

(Á Gonzalo.)
¡Y tú la miras
con mucho afan!
(Á Elena.) Vamos, sobrina.
¡Temblando estás!

ELENA. (¡Si estará oculto!...)

NEGRO. (Sin poder contener la risa.)
¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

LINCE. ¿De qué se rie
ese animal?...

GONZ. (Tambien el trapo
voy á soltar.)

DIEGO. Veré el efecto.

(Vá andando hácia atrás hasta el cuadro, mirando el grupo.)
Muy bien está.
Ahora los ojos
voy á pintar.

(Se vuelve para coger la paleta y el tiento, y Gonzalo aprovechando un momento en el que Lince mira al techo, y D. Diego está de espaldas, besa la mano á Elena.)

ELENA. ¿Cómo?

GONZ. (Bajo á Elena.) ¡Mi Elena!

ELENA. ¡Soltad, soltad,

(Procurando desasirse.)

GONZ. Soy yo.

ELENA. ¡Dios mio!

GONZ. ¡Callad! ¡callad!

LINCE. (Á Elena y Gonzalo.)
Mientras que pinta
no hay que chistar,
que le podemos
equivocar.

Á SEIS.

(Muy piano.)

GONZ. Elena mia,
calma tu afan,
que vengo á darte
la libertad!

ELENA. Estoy temblando.
¿Que vá á pasar
si se descubre
que estais acá?...
LINCE. Mientras que pinta
no hay que chistar,
que le podemos
equivocar.
BLANCA. (Mirando al cuadro.)
¡Carita mia
muy mal está!
¡Allí soy fea!
Yo no soy tal.
NEGRO. (Mirando de reojo el grupo.)
La carcajada
voy á soltar...
¡Si no reviento
sin mas ni mas!
DIEGO. Cuando lo vea
su majestad,
pintor de cámara
me nombrará.

—

(Vuelve á acercarse al grupo.)
En la mirada
mucha expresion.
Debeis miraros
con mucho amor.
LINCE. (Que está con los ojos fijos en el techo, parece cansarse de esta postura y los baja, asi como los brazos.)
(Á Lince.)
Tú mira al cielo
pidiendo á Dios
que no les niegue
su bendicion!
GONZ. Yo bien la miro
con mucho amor...
Si ella no lo hace,
¿qué he de hacer yo?
NEGRO. (No sé qué cuadro
es el mejor,
si este ó aquel otro

que viendo estoy!)

DIEGO. (Andando otra vez hácia atrás.)
Á ver qué tal!
(Á Blanca.)
¡No es eso, no!
Mas, hija, mas,
mas expresion.
(Tomando la paleta y el pincel, y preparándose á pintar.)
Es preciso que te pongas
en la misma situacion
de Matilde enamorada
de su bravo campeon.
¡Asi! ¡asi!
¡No te muevas ya!
que asi, asi,
muy bien estás.

Á SEIS.

GONZ. Él lo manda, Elena amada,
no me mires con rigor,
considera que te adoro
y que soy tu campeon.
¡Asi! ¡asi!
Tu mano me dá,
que asi, asi,
yo quiero estar.

ELENA. Pues mi tio me lo manda,
ya no os miro con rigor;
y ya empiezo á convencerme
de que es cierto vuestro amor.
¡Asi, asi!
¡Mi mano tomad,
que asi, asi
yo debo estar!

LINCE. (Sin moverse.)
Si me tiene mucho tiempo
en la misma posicion,
se me vá á quedar el cuello
como mástil de violon.
Me pica aqui.

¡Voto á Caifás!
¿Cómo ¡ay de mí!
me he de rascar?

BLANCA. (No, no es este moro bueno.
Este es el que aqui se entró.
Yo callar, porque si hablo
me vá á dar un pescozon.)
(Mirando al cuadro.)
Allí, allí
yo estoy muy mal.
No soy asi;
no, no es verdad.

NEGRO. (Cuando sepa el pobre viejo
que es el moro mi señor,
vamos todos sin remedio
á salir por el balcon.
¡Ay, ay de mí!
Caro quizá
entrar aqui
me vá á costar.

DIEGO. (Pintando.)
¡Bravo, bravo! ¡Asi me gusta!
Esa es, hijos, la expresion.
Que os hallais casi parece
en aquella situacion.
¡Asi, asi!
Muy bien está.
¡Asi, asi!
Muy bien saldrá.

ESCENA XIX.

Al terminar la pieza musical anterior se oye un clarin que toca llamada, y al momento salta por la ventana del fondo, entrando en la escena, el SOLDADO.

HABLADO.

SOLD. ¡Ah! ¡mi capitan, por Dios!
¡que tocan, que viene el rey!

ELENA.
BLANCA.
GONZ.
DIEGO. } ¡Ah!

DIEGO. ¿Qué es esto?
SOLD. ¡Mi vestido!
NEGRO. ¡Ya se descubrió el pastel!
DIEGO. ¡Dios de Dios! ¡Todo lo entiendo!
LINCE. (¿Qué lio?...)
DIEGO. ¡Por Lucifer!
ELENA. ¡Temblando estoy!
DIEGO. ¿Qué hombre es este?

(El Soldado, viendo su traje sobre la silla, lo coge deja el de Gonzalo y sale precipitadamente por la primera puerta izquierda.)

GONZ. ¿Qué hombre soy? Yo os lo diré.
Yo soy un hombre que adora
á vuestra sobrina bella,
y me casaré con ella
mañana, al momento, ahora.
Perdonad si aqui me entré
sin el permiso preciso...
Me negasteis el permiso,
pero yo me lo tomé.
DIEGO. ¡No sé cómo con paciencia!...
GONZ. No ofendo vuestro decoro...
Ella quiere... yo la adoro...
¿Qué debe hacerse en conciencia?
DIEGO. (Á Elena.)
Y tú, ¿qué dices?... ¡Dios mio!...
¡Asi me pagas, ingrata!...
¡Bien!... Dale tu amor, y mata
á quien desde niña...
ELENA. (Besándola la mano.) ¡Tio!...
GONZ. Ella cómplice no fué,
y mi accion desaprobó!..,
DIEGO. ¿No? ¿Pues quién ha sido?
NEGRO. (Sin moverse de su sitio.) Yo.
DIEGO. ¿Quién?
NEGRO. (Adelantándose.) Un servidor de usté,
LINCE. ¡Mi sobrino!
NEGRO. (A Lince.) Usté es un tio,
mas yo su sobrino, no.

GONZ. El otro preso quedó
y se encuentra en poder mio.
Hoy le daré libertad
si don Diego, mas piadoso,
me concede generoso
perdon y felicidad.
DIEGO. ¡Antes muerto, voto al Cid!
GONZ. Con este lance será
ella quien mas perderá
como se sepa en Madrid!
DIEGO. ¡No cedo!... ¡viven los cielos!
(Elena le suplica.)
¡Aparta!
EYENA. ¡Tio, por Dios!...
¡Con usted siempre los dos!
GONZ. Y tendrá usted dos modelos.
LINCE. (Escuchando.)
¡Caballos! ¡el rey que viene!
DIEGO. ¡Mi cuadro!... ¡El rey!...
(Á todos señalando el tablado.)
¡Pronto allí!
GONZ. ¡Si no consentis!...
DIEGO. ¡Si! ¡si!...
(¡Ay! ¡el rey la culpa tiene!...)
(Colócanse otra vez en el tablado. D. Diego sale por la puerta izquierda á recibir al rey.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, UJIERES, CABALLEROS y acompañamiento del rey que entran en el estudio, precediendo al rey.

MUSICA.

¡Viva! ¡viva el soberano
de las artes protector!
¡Viva! ¡viva el noble artista
que hoy alcanza tanto honor!

(Al entrar los últimos, cae el telon. Cuadro.)

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 15 de Diciembre de 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El novio de China..... Comedia en un acto, en verso, original.
El Filántropo..... Idem, idem, idem.
Los hijos de su madre... Comedia en dos actos, original.
El hijo de la Alpujarra. Drama en cuatro actos.
El velo de encaje..... Drama en cinco actos, arreglo del francés.
El Duende del meson... Zarzuela en un acto, música de Velasco.
Un caballero particular. Zarzuela en un acto, música de Barbieri.
Céfiro y Flora..... Zarzuela en un acto, música de Arche.
Un primo..... Zarzuela en un acto, música de Rovira.
Los Conspiradores..... Zarzuela en un acto, música de Gaztambide.
Doña Mariquita..... Zarzuela en un acto, música de Oudrid.
Los pecados capitales... Zarzuela en un acto, música de Cepeda.
El Corneta..... Zarzuela en un acto, música de Cepeda.
El hombre feliz..... Monólogo, música de Arrieta.
El caballo blanco..... Zarzuela en un acto, música de Oudrid y Caballero.
Campanone..... Zarzuela en tres actos, música de Massa.
De incógnito..... Zarzuela en dos actos, música de Giosa.
El mudo..... Zarzuela en dos actos, música de Cepeda.
El hijo de D. José..... Zarzuela en un acto, música de Vazquez.
¡En las astas del toro!. Zarzuela en un acto, música de Gaztambide.
Giralda, ó el marido misterioso..... Zarzuela en tres actos, en verso.
La señora del sombrero. Zarzuela en cinco cuadros, en verso.
Los criados..... Comedia en tres actos, en verso.
El Elixir de amor..... Zarzuela en tres actos.
Matilde y Malek-Adel.. Zarzuela en tres actos, en verso, música de Gaztambide y Oudrid.
La Circasiana..... Zarzuela en tres actos, en verso.
La tabernera de enfrente. Zarzuela en un acto, en verso.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.

¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte:
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Clavevina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja *(Música)*
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcía	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.